

BOLSILIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

BARRIO FRANCES

Mark Halloran



Lo tenía todo: Soberbia figura, un rostro de exótica belleza, donde los almendrados ojos se abrían como pozos de misterio, una tez mate, aterciopelada, de incomparable tersura, un cabello negroazulado con reflejos como de metal, una voz cálida y acariciante; juventud salud, alegría, fama, y un millonario que pretendía hacerla su esposa. Ella se llamaba Monna Baker; el millonario, Alex T. Hutton. Habían fijado como fecha de su boda el día primero de julio, que sería un martes.

Lo tenía todo, incluso algo sobrante: miedo.

Hutton no sabía que era miedo lo que sentía, no sabía exactamente lo que era, pero la había notado rara toda la noche. Rara: sobre ascuas, con los nervios en tensión y una mirada furtiva en sus negros y profundos ojos. Se lo había preguntado:

—Monna, ¿qué te pasa?

NOTA: Publicada en esta misma colección con el número 468.



Mark Halloran

Barrio francés

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1446

ePub r1.0

Lds 12.12.18

Título original: *Barrio francés*

Mark Halloran, 1978

Cubierta: Rafael Cortiella

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

Lo tenía todo: Soberbia figura, un rostro de exótica belleza, donde los almendrados ojos se abrían como pozos de misterio, una tez mate, aterciopelada, de incomparable tersura, un cabello negroazulado con reflejos como de metal, una voz cálida y acariciante; juventud salud, alegría, fama, y un millonario que pretendía hacerla su esposa. Ella se llamaba Monna Baker; el millonario, Alex T. Hutton. Habían fijado como fecha de su boda el día primero de julio, que sería un martes.

Lo tenía todo, incluso algo sobrante: miedo.

Hutton no sabía que era miedo lo que sentía, no sabía exactamente lo que era, pero la había notado rara toda la noche. Rara: sobre ascuas, con los nervios en tensión y una mirada furtiva en sus negros y profundos ojos. Se lo había preguntado:

—Monna, ¿qué te pasa?

Ella contestó que estaba cansada. Y quizá lo estaba, en efecto. Sin embargo, Hutton la había visto cansada muchas otras veces, muchas noches, después de sus triunfales actuaciones en el Tobacco Club; agotada, rendida de cansancio. Era distinto: no se sobresaltaba al oír un ruido inesperado, no se abstraía en un remoto ensueño, entornados los párpados, rígidas las facciones, para volver a la realidad con un estremecimiento, una reacción de animal acosado, cuando alguien le dirigía la palabra. Era muy distinto.

Fue también un martes, la noche del 24 de junio, una semana justa antes de la boda. El sábado anterior había terminado Monna su contrato en el Tobacco Club, despidiéndose, entre clamorosas ovaciones, de su vida artística. Ningún periódico había dejado de consignarlo: «El barrio Francés pierde su estrella». Todo Nueva Orleans la conocía. Su nombre se mencionaba Misisipi arriba hasta

más allá de San Luis; los reyes del petróleo tejano acudían en sus lujosos aviones particulares con el único objeto de verla y oírla, y por ella abandonaban sus soleados palacios los magnates de Miami Beach; Broadway la había reclamado, de Hollywood llegaron proposiciones fabulosas. ¿Cuánto había durado aquello? Un año, puede que catorce o quince meses. No más. Un día, como por ensalmo. Monna Baker había surgido del anonimato, del misterio, del oscuro y abigarrado mundo del delta del Gran Río. Un día comenzó a cantar en un pequeño restaurante que tenía en las ventanas rejas de hierro forjado. Nunca había cantado anteriormente. Nadie la había visto. Nadie sabía, ni supo jamás, dónde había aprendido y ensayado sus canciones, quién le enseñó a decirlas, quién educó su voz y la adiestró en el arte de envolverse en su encanto personal como en un aura magnética. Desde aquel primer día fue una artista completa, arrebataadora, indiscutible.

Actuó en el restaurante seis semanas, y ya era famosa al término de la primera. Luego firmó con el Tobacco Club un contrato de un año. Radio, discos, televisión, cine, las ofertas complementarias llovieron sobre ella. Nadie se explicó su actitud: las rechazó todas. Quería cantar en el Barrio Francés, única y exclusivamente cantar en el Barrio Francés, como si no concibiera otras ambiciones. Lo hizo así durante un año. Algunas personas lloraban al oírla cantar, porque su voz removía los posos del alma, y había algo hipnótico en ella cuando salía sola a la pista, sola en el círculo luminoso del foco, vestida de blanco, y el piano preludiaba un arpegio en las tinieblas. Era la estrella del Barrio Francés: una flor que, arrancada de allí, estaría predestinada a marchitarse.

Esto duró un año. Después, cuando el Tobacco Club quiso renovar el contrato, Monna dijo que no. Ganaría dos veces más dinero, tres veces más. No. Había aparecido Alex T. Hutton. Iba a casarse con él. Un año, catorce o quince meses antes, absolutamente nadie la conocía. Ahora era famosa, sería la esposa de un millonario: lo tenía todo.

Incluso miedo.

Aquel martes, la noche del 24 de junio, Hutton la llevó a cenar a Chez Pierre. Eran seis en la partida: ellos, los Rourke, Lucilie Shayne y Ned Miller. Los Rourke, como Hutton, eran tejanos, procedentes de Houston. Lucilie Shayne y Ned Miller proyectaban

casarse, como Monna y Hutton, y no mucho tiempo después; ella había heredado hacía seis años la Conservas Shayne y él acababa de ganar la Copa Gardiff para balandros de la clase «Star». Salvo Lucilie, que no notó nada porque ya desde antes de la cena estaba demasiado bebida, todos coincidieron más tarde en afirmar que Monna se había comportado de manera rara, pero ninguno atinó entonces en que lo que sentía la muchacha era, simplemente, miedo.

Al salir de Chez Pierre, visitó el grupo media docena de locales típicos, los inevitables locales típicos del barrio. Alrededor de las doce, alcanzó Lucilie el tope y Miller la acompañó a casa. Los Rourke aguantaron todavía otra botella de champaña y el último espectáculo de *strip-tease* de la *Boîte Rouge*. Eran aproximadamente las dos y cuarto cuando Hutton y Monna quedaron solos, y sin la charla y las bromas de los demás la velada perdió para ellos todo aire de fiesta.

—Hablemos francamente —dijo él, ya en el coche, pero sin ponerlo en marcha todavía—. ¿Estás enferma? ¿Echas de menos tu trabajo? ¿Te arrepientes de tu decisión dé casarte conmigo? Una de estas tres cosas tiene que ser, Monna. Sea la que sea, nunca te había visto como hoy.

Hundida en el asiento, inclinada hacia atrás la cabeza, apoyada la nuca en el respaldo, ella no respondió. Respiraba con fuerza, como si hubiera bebido, aunque Hutton no recordaba que hubiese tomado un sorbo de alcohol en toda la noche.

—¿Y bien? ¿Te has tragado la lengua?

La muchacha dijo al fin:

—No te enfades, Alex.

—¡Que no me enfade! ¡Infiernos! ¿Pretendes que empiece a patear de alegría después de la sesión que me has dado?

—Estoy... tan cansada...

—¿Cansada de qué? ¿De mí?

—Alex, por favor... No puedo discutirlo ahora. No me siento enferma, no echo de menos mi trabajo ni me arrepiento de haber resuelto casarme contigo; eso es todo. Llévame a casa.

—Muy bien —replicó él, secamente.

Más tarde se había dolido de su rudeza. No había sabido ver ni comprender. La actitud de la muchacha a lo largo de la noche le

había exasperado, y en aquel momento se hallaba de pésimo humor. Más tarde iba a tener que dolerse de ello.

Un indicio claro se le había ofrecido cuando estaba poniendo en marcha el coche, y sin embargo, no comprendió. Monna semejó haber recibido un pinchazo en la espalda, tal fue la contracción espasmódica de su cuerpo en el instante en que aquello se produjo.

—¿Qué ha sido?

Parecía el canto de un pájaro; unas notas, cuatro o cinco notas agudas moduladas en el silencio de la noche. Su procedencia no podía determinarse: arriba, abajo, a derecha, a izquierda, delante, atrás, ¿dónde habían sonado?

Hutton miró a la muchacha y vio su espalda arqueada, la violenta tensión de sus músculos. Encendió la luz interior del vehículo para ver también su rostro. Rápidamente, ella extendió la mano y la volvió a apagar.

—¿Qué ha sido eso? —insistió él.

—¡Qué sé yo, Alex! ¡Por favor, llévame a casa!

No había sido el canto de un pájaro. Si había pájaros en la abigarrada aglomeración humana del Barrio Francés, ninguno de ellos ponía en su canto aquella cualidad siniestra, aquel matiz espeluznante que había sobresaltado a Monna y alarmado al propio Hutton. Éste miró alrededor entornando los ojos. A su derecha, las discretas luces del *cabaret* daban una falsa impresión de normalidad. Falsa, Hutton lo sabía perfectamente. A pocos pasos de aquellas luces palpitaba un oscuro mundo impenetrable, cuyas históricas fachadas encubrían lodazales de vicio, corrupción, crímenes y bajas pasiones. En aquel momento detestaba el barrio y todo cuanto el barrio significaba. Hubiera detestado a la propia Monna de haberse parado a pensar en ello. El era un hombre de las grandes llanuras, de los espacios abiertos. Su padre, su abuelo y su bisabuelo habían criado ganado en las riberas del Brazos. Ahora se alzaban allí las metálicas estructuras de los pozos de petróleo, pero él seguía siendo lo que su padre, su abuelo y su bisabuelo fueron antes que él.

Le acometió el deseo irresistible de escapar de las sombras espesas, cálidas y movibles. Puso el coche en marcha de un manotazo y lo dirigió ansiosamente hacia Dumaine Street. Era una sensación como de asfixia.

Monna había alquilado hacía seis meses una antigua villa, que, según la tradición, perteneció antaño a Louise Langres, una de las amantes de Lafitte, rey de los piratas del Delta. Hutton detuvo el coche ante la verja de hierro.

—Alex —murmuró la muchacha, saliendo de su mutismo.

—¿Qué?

—No nos separemos así.

—Yo estoy como siempre. Vamos, te conviene dormir, si es cierto que te sientes cansada. Buenas noches.

Ella abrió la portezuela y se encogió de hombros.

—Como gustes.

Se apeó sin un beso de despedida. Abrió la puerta de la verja, se volvió para cerrarla de nuevo, movió la mano en un esbozo de saludo y ascendió por las escaleras del pórtico. Hutton, después, sentía frío en el corazón cada vez que recordaba aquello. Tenía que haberlo comprendido entonces, porque era el miedo, nada más que el miedo, lo que encorbaba la espalda de Monna y agarrotaba sus piernas.

Pero no lo comprendió. Estaba enojado, el alcohol había hecho estúpidamente susceptible y exacerbado su vanidad. Se alejó en medio de la noche dejando a la muchacha sola, desamparada, inerme ante el horror que la noche reservaba para ella.

Monna entró en el caserón. Seis meses atrás lo había hecho restaurar y pintar, pero conservaba todavía un olor extraño, de lugar vacío, de polvo y moho. En aquel momento, mientras permanecía inmóvil en el tenebroso vestíbulo, el olor llegó a su olfato, y por primera vez supo cuál era la característica principal, la clave de aquella emanación obsesionante. Un sollozo se ahogó en su garganta. ¿Qué podía hacer? Todo había terminado. Las siniestras notas semejantes al canto de un pájaro, que no eran el canto de un pájaro, se lo habían anunciando cuando salió de la *Boîte Rouge*. Fueron el preludio. Ahora sabía que el olor de la vieja casa de Louise Langres —seis meses sin haberlo reconocido— no era otra cosa que un olor de muerte.

—¡Bertha! —llamó con voz velada.

Bertha, su doncella, tenía cada noche orden de esperar su regreso. Pero ¿por qué llamarla? Estaba segura de que aquella noche no la habría esperado. No, ya no. Ahora ya había terminado

todo.

Extendió la mano hacia el interruptor de la luz.

¡Sus dedos rozaron algo tibio y velludo!

El espanto la paralizó, la dejó muda, yerta. Hubiera querido gritar y emprender la fuga. A ninguna parte, sólo por huir, porque no ignoraba que estaba sentenciada y no tenía salvación.

En la horrenda agonía de aquellos segundos, percibió a su lado un jadeo, una presencia. No vio nada. La cosa tibia, velluda y jadeante estaba allí, pero las tinieblas le impedían verla, y acaso así fuera mejor, más dulce y llevadero.

No fue dulce y llevadero. No. Fue diabólico.

CAPÍTULO II

—Fue diabólico —dijo el agente Christie, fijando su mirada en los ojos grises e imperturbables del capitán—. Cierto que la desnucaron, pero también le destrozaron el rostro y la parte superior del cuerpo, uno creería a zarpazos, y afirma el médico que se lo hicieron en vida. ¿Se da usted cuenta, jefe? Era una mujer bellísima, extraordinaria de verdad. Hay que ser una maldita bestia, un sádico degenerado para cometer un crimen así. No me extraña que me hierva la sangre cuando pienso en ello.

—Zarpazos —repitió el capitán con repugnancia, pero también con un ligero deje de ironía—. Son las fieras quienes tienen zarpas, Christie, no los hombres, y en la oficina de Homicidios solemos ocuparnos únicamente de hombres. ¿No sería mejor avisar al Zoo?

El agente supo que le correspondía sonreír, pero se abstuvo de hacerlo. Detestaba adular a sus jefes.

—Monna Baker estaba asustada —prosiguió—. He hablado con Hutton, el que había de ser su marido, y asegura que nunca la había visto en el estado de ánimo de anoche. No comprendió lo que le pasaba, se comportó, dice, como un estúpido. Piensa que la dejó sola ante el peligro, que la abandonó en el trance supremo; o sea, que ella murió en gran parte por culpa suya. No se siente precisamente feliz.

—El dinero ayuda a olvidar, Christie. Sin embargo...

—¿Qué?

El capitán movía dubitativamente la cabeza. Tomó las fotos que tenía sobre el vade, en el escritorio, y las examinó torciendo la boca. Eran cuatro macabras fotos de la «estrella del Barrio Francés» tal como los investigadores de la oficina de Homicidios la habían encontrado tendida en el vestíbulo de su casa.

—Si la Baker estaba asustada, ello significa que sabía que iba a morir, o por lo menos que algo malo podía ocurrirle. Es un indicio. Descarta la idea de un crimen ocasional.

—¿Quién ha hablado de crimen ocasional?

—Yo hablo ahora —dijo el capitán, pensativo—. El sí médico incluye algo más en su informe referente a esos zarpazos. Lo he leído, Christie.

—Sí, muy bien. Pretende que las heridas sólo pudieron ser causadas por las garras de determinado animal, y concreta que dicho animal es un leopardo. Pensé que lo del Zoo lo decía usted en broma.

—A medias. Cuesta admitir que anden leopardos sueltos por la ciudad, ¿no es así, Christie? Sobre todo dándose el caso de que Monna Baker ya estaba de antemano asustada y no existiendo denuncia de que se haya escapado ningún ejemplar de semejante fiera...

—Es ridículo suponer que se trata de un auténtico leopardo —replicó el agente con frialdad.

—¿Por qué?

—Por esto —dijo Christie.

Abrió su portafolios y sacó, para depositarla sobre el escritorio, una bolsita de polivinilo. El capitán la miró con asombro. A través de la envoltura transparente se veía una vulgar parte de pollo que llevaba atada una cinta roja.

—¿Y qué demonios es esto?

—Trate de imaginarlo, jefe. La bella Monna Baker, tan exquisita, vestida con tanta elegancia, tenía consigo un pequeño bolso de raso con cierre de plata. Dentro del bolso había un lujoso portamonedas, un pañuelo perfumado, en fin, lo que suelen llevar las mujeres, todo de primera calidad. Había, además, esa pata; sin envolver, al natural, y ya un poco pasada y maloliente. O mucho me equivoco, o Monna, ¡fíjese usted!, paseó dentro del bolso la pata toda la noche.

—Christie, me dejas pasmado.

—Suena grotesco, ¿no? —Christie miraba a su jefe con ojos chispeantes—. ¡Una mujer como Monna con una pata de pollo en su bolso de raso! ¿Se le ocurre a usted alguna explicación?

El capitán reflexionaba.

—Vi una vez una pata de pollo semipodrida y con una cinta

roja... ¡Dios mío! ¿Sabes lo que es esto, Christie?

—Sí, jefe. Es un maleficio vudú.

—Empiezo a comprender.

—¿Ha oído usted hablar de los hombres-leopardo?

—Vagamente. ¡Pero, muchacho, no puede ser! ¡Ésas son historias de negros! ¿Qué tenía que ver con ellas Monna Baker?

Christie sonrió y enderezó el cuerpo.

—¡La Baker no era blanca!

—Vamos, Christie. Era tan blanca como tú o como yo...

—¿Sí? Pregúnteselo al médico. Una parte de su sangre era negra: posee rasgos anatómicos que no ofrecen duda. Por si la hubiera, lo he confirmado: su abuela materna era negra, su madre, mulata. Vivían en el extremo inferior de Chauvette Street, donde la madre regentaba una lavandería. Murió hace cuatro años; era viuda desde hacía seis.

—¿De veras? Recuerdo haber leído en los periódicos que el origen de esa mujer era un misterio, que surgió bonitamente de la nada... ¿Publicidad?

—Hay una proporción de misterio, evidentemente. Al morir su madre, Monna, que era entonces una adolescente tímida y desgarrada y se llamaba en realidad Mary Baker Jones, desapareció del barrio y no se volvió a saber de ella. Reapareció tres años después como cantante en el Restaurante Dupuy, luego en el Tobacco Club, pero no parece que la haya reconocido ninguno de sus antiguos amigos o vecinos. Nadie sabe lo que fue de ella durante los tres años en cuestión.

—¿Quedó sola al morir su madre?

—Sola.

—¿Habrá que buscar en esos tres años el motivo de su asesinato? ¿Tú qué opinas, Christie?

—Es posible que haya que hacerlo, y será un engorre. Pero tengo una idea.

El capitán, distraído, barajaba las fotos.

—Yo tengo una docena de ideas. La primera, arrojar el asunto a la basura. Zarpazos de leopardo, una pata de pollo, una mujer asesinada, historia de negros... Me da asco, Christie.

—¿Con Alex T. Hutton sentado en primera fila?

—¿Qué pasa con él?

—Que es millonario y quería casarse con Monna Baker. Pruebe a arrojar el asunto a la basura, jefe, y verá lo que pasa.

—Apuesto a que Hutton no sabía que casándose con esa muchacha se exponía a tener un hijo de color —replicó el capitán, acerbamente—. Prueba a decírselo y verás lo que pasa.

Christie se encogió de hombros.

—Quizá. De todos modos, eso queda al margen. Mi idea es pedirle ayuda a Bruno Storme...

El capitán soltó una exclamación, dejó las fotos y unió las manos. Fijó en el agente una mirada inquisitiva.

—¡Jamás oí mayor absurdo! ¿Pedirle ayuda a un periodista?

—Storme escribe en los periódicos, pero no es un periodista. Sí es, en cambio, la persona mejor informada sobre asuntos negros que conozco y que conoce usted. Hace dos años mataron a Jerry Taylor, ¿recuerda? El contratista de color que mangoneaba en la zona de Whitney Square. Una simple indicación de Storme puso a los asesinos en nuestras manos antes de veinticuatro horas.

—Y cubrió de ridículo al teniente Briggs. Se dio la casualidad de que la indicación fue hecha desde las columnas del *New Orleans Tabloid* y bajo grandes titulares.

—No lo niego, jefe. Por tanto, me parece sensato procurar que la indicación se nos haga directamente esta vez. Espero de usted la autorización oficial.

—¿Y si no te la concedo?

—Hablaré con Storme, extraoficialmente.

—¡Muy pronto! —exclamó el capitán. Se echó a reír y empujó a través del escritorio la bolsita que contenía la pata de pollo—. De acuerdo, llévale a Storme esta porquería. Puede que se prepare una sopa con ella. Te conozco.

—¿Me conoce? ¿Qué quiere usted decir?

—Todo lo que Storme sepa de los asuntos negros está a tu alcance averiguarlo por otros conductos. Es inútil que trates de engañarme. Para mezclarle a él en esto, has de tener una razón especial.

Christie sonrió enigmáticamente.

—En efecto, jefe. Tengo una razón especial y poderosísima.

—Bien. ¿Cuál es?

—¿Me autoriza a reservármela por el momento?

Llamaron a una puerta. Un guardia uniformado entró y depositó ante el capitán unos periódicos.

Eran los diarios de la tarde. Christie leyó en uno: «Monna Baker, víctima de un leopardo». Y en otro: «Leopardo fantasma en el Barrio Francés».

—Date prisa —dijo su jefe.

—¿Por qué?

El dedo del capitán señalaba un título del *New Orleans Tabloid*: «Hombres-leopardo en la ciudad». La información la firmaba Bruno Storme.

—Porque no querría ser yo quien tuviera que prepararse la sopa... a la fuerza.

Christie asintió en silencio. Entre todos los reporteros y comentaristas que se ocupaban del asesinato de Monna Baker, Storme era el único que aludía a los hombres-leopardo, es decir, el único que había vislumbrado la verdad.

CAPÍTULO III

Geo Dupuy tenía la tez de color de café con leche, el abdomen muy desarrollado, los hombros demasiado estrechos, la mirada acuosa. Su aspecto no resultaba agradable, sobre todo entonces, cuando estaba asustado, o por lo menos, intimidado. Evitaba adrede los grises ojos de su interlocutor fingiendo prestar atención a lo que ocurría en la sala de su restaurante.

—Le digo que vino sola, por las buenas, un día —declaró—. Yo acababa de quedarme sin nadie. Había tenido actuando a un dúo cómico. Siempre he sido partidario de lo cómico, que es lo que va mejor para comer y digerir. Se despidieron sin prevenirme, y ella debió de saberlo y vino. No me interesaba. Su género no era el que suelo dar aquí. Busqué a otros, esperé. No encentré nada aceptable, así que cuando ella volvió me resigné a contratarla. Ya ve lo que son las cosas. Había descubierto, sin saberlo, una mina de oro. Lo malo fue que no tardaron en quitármela quienes podían pagar por ella más que yo.

—¿De dónde procedía?

—No se lo pregunté.

—¿Quién la enviaba? ¿Quién era su agente?

—No tenía agente y no la enviaba nadie.

—¿Usted la contrató sin averiguar dónde había actuado anteriormente?

—Sí:

—Es una lástima, señor Dupuy, que se empeñe usted en mentir. Un hombre de su inteligencia no debería asustarse hasta el punto de ocultar la verdad.

Dupuy se restregó en los pantalones las palmas de las manos. Conocía a su interlocutor lo bastante para saber lo que podía

esperarse de él, y porque le conocía le temía. Era un hombre tenaz como una herramienta de acero, penetrante como un estilete. Tenía entre treinta y treinta y cinco años, un rostro enjuto y varonil, unos ojos de turbadora claridad y una boca dura y de estrechos labios que pronunciaba lípidamente las palabras. Su presencia física engañaba. Debajo de la elegante languidez había un cuerpo perfectamente entrenado, de músculos elásticos y tensos como cables.

Aquel hombre se llamaba Bruno Storme, y de vez en cuando escribía en los periódicos.

Dupuy dijo:

—Me ofende usted. Yo no le mentiría, señor Storme.

—Usted me mentiría a mí y mentiría a su propio padre, si pensase ganar algo con ello.

—¿Y qué puedo ganar ahora?

—Seguridad. Falsa, pero seguridad.

—No le entiendo.

—Sí me entiende. Ha leído mi artículo de esta tarde en el *New Orleans Tabloid*.

—Perdóneme —articuló el mulato.

Se alejó de la caja registradora, junto a la cual tenía lugar la conversación, y avanzó a lo largo del bar para interpelar a un camarero. Caminaba con paso nervioso, que hizo sonreír a Storme, quien le observaba olfateando su vaso de ron con seltz.

Había poca gente en el restaurante, porque era temprano todavía. La sala tenía así un aire melancólico. La decoración de estilo francés parecía mustia y pasada de moda, cosa que no ocurría cuando estaba lleno el local, más tarde, a la hora de la cena y del champaña.

Dupuy regresó remoloneando.

—Pues esto es todo, señor Storme —dijo.

—Salvo que usted contrató a Monna Baker porque alguien muy influyente se la impuso —replicó Storme, fríamente—. Salvo que no es cierto que la admitiera únicamente porque no encontró artistas cómicos, ni tampoco que ella pasara al Tobacco Club porque ofrecieron pagarle más. Monna pasó al Tobacco por orden de la persona influyente que patrocinaba su carrera.

Los ojos del mulato giraron con pavor en sus órbitas.

—¡Sueña usted! ¡Se equivoca por completo!

—Quizá no debiera haber dicho «persona influyente», sino «persona temible». ¿Me equivoco ahora, Dupuy?

—¡Sí, se equivoca!

Stormeapuró de un trago su ron con seltz.

—Muy bien. Usted y los demás como usted pagarán las consecuencias de su cobardía. —Dejó el vaso en un ángulo de la barra, y bruscamente asió a Dupuy por las solapas de la chaqueta—. ¿No se da cuenta, imbécil, de que esa farsa infantil de los hombres-leopardo, ese cuento de miedo para niños tontos terminaría con sólo que uno de ustedes se decidiera a hablar? ¿No ve que es el silencio la causa de todos los males?

—Yo no sé nada —dijo el mulato, con esfuerzo—. Y suélteme, por favor. Los clientes se fijan en nosotros.

—¡Hable!

—No. Le digo que no sé nada. Estoy al margen, vivo en otro mundo. No sé nada, excepto una cosa que usted sabe también: no se trata de una farsa infantil. ¿Quiere soltarme, señor Storme?

Storme le soltó. Titubeó un instante, mientras sus ojos centelleaban de cólera. Luego hizo una mueca y se llevó la mano al bolsillo para sacar dinero con que pagar el ron.

Dupuy le contuvo.

—Deje, la casa invita, Pero le agradeceré que no vuelva más por aquí.

—Muy bien, no volveré. Iré a verle al depósito de cadáveres cuando llegue su día. —Storme dirigió en torno pía mirada casi feroz—. ¿Quién acompañaba a Monna Baker en sus actuaciones? ¿Qué música? ¿O también es tabú decirme su nombre?

La pregunta semejó aliviar al mulato. Suspiró.

—Jimmy Fisher. ¿Le conoce?

—Creo que no.

—Tiene que conocerle: un tipo alto, patilargo, un saltamontes. Le llaman Saltamontes Fisher. Ha sido muy bueno con el piano. En su época de esplendor le hubiera usted visto siempre con el bombín ladeado, chaleco de fantasía, mascando un cigarro de diez centavos.

—Sé quién es. ¿Dónde está?

—¡Cualquiera sabe!

—¡No empecemos, Dupuy!

—Se lo aseguro, señor Storme. Llevo como tres meses sin verle, y a lo mejor la ha diñado ya. Estaba hecho una ruina. Vivía por Saturnine Square. Si sigue allí le encontrará en alguna de las tabernas de la plaza.

—*Okay* —dijo Storme.

Volvió la espalda a Dupuy, atravesó la sala del restaurante y salió a la calle. Su coche se hallaba estacionado más abajo, donde la mayor amplitud de la calzada lo permitía, pero no mostró intención de acercarse a él. Sabía que en la parte del Vieux Carré a que se dirigía, las vías eran demasiado angostas para introducir en ellas un vehículo.

Fue a pie, mientras las sombras de la noche espesaban e iban mudando rápidamente la fisonomía del barrio negro. Conocía el fenómeno: sin moverse de determinado lugar, de día estaba uno en América, de noche en el corazón de África.

Cuando llegó a Congo Square, el antiguo punto de reunión de los esclavos, torció sin vacilar a la derecha. En la estrecha y fétida callejuela no brillaba una sola luz. Únicamente en la segunda travesía se filtraba por una ventana un leve resplandor rojizo y oíase el canturreo aguardentoso de una mujer.

Las luces reaparecían en Saturnine Square, así como la presencia humana. Gentes de color se movían de acá para allá. En dos de los flancos de la plaza se sucedían las tabernas y los pequeños bares exclusivamente frecuentados por negros.

Storme estaba acostumbrado a ser mirado en aquel distrito como un intruso.

—Busco a Saltamontes Fisher.

Las cabezas negaban en silencio.

El pianista, sin embargo, se encontraba en uno de los locales, sentado ante una mesa, acodado en ella, sosteniéndose la cabeza con las manos. Storme no le hubiera reconocido de no habérselo señalado el barman, pero recordó su cara de calavera, devastada por el alcohol, cuando la levantó al tocarle él en un hombro.

—¿Fisher?

—Sí.

Tenía en la mesa una botella y un vaso vacíos. Storme los olió. Ginebra. Fue al bar, pidió otra botella y regresó junto al negro para sentarse. Le llenó el vaso.

—Te escuchaba todas las noches cuando actuabas con Monna Baker en casa de Dupuy. ¿Me oyes, Fisher? Tengo que hablar contigo.

El negro miraba al vacío.

—Claro que le oigo. ¿Me cree borracho?

—No.

—¿Quién es usted?

—Me llamo Storme.

La breve curiosidad del músico pareció satisfecha. Bebió la ginebra, volvió a llenar el vaso y aguardó en silencio.

—¿Quién persuadió a Geo Dupuy de que contratase a Monna? —preguntó Storme, sin preámbulos—. Tú trabajabas allí, te nombraron su acompañante y debes saberlo.

Fisher no contestó. Al cabo de un momento, dijo:

—Monna está muerta.

Storme extrajo del bolsillo cinco dólares y los empujó a través de la mesa, hacia él.

—¿Quién la protegía?

—Nadie. ¿De dónde ha sacado tal cosa?

—Es una idea.

—Nadie —repitió el negro—. No necesitaba que la protegieran. Geo se quedó boquiabierto al oírla cantar. Fingió dar largas al asunto para contratarla más barata, pero hubiera pagado el doble de lo que ella pedía, luego cobró una indemnización colosal por traspasarla al Tobacco. A mí no me quisieron, por supuesto, y no fue porque ella no insistiese. Era buena chica, la pobre, después, todo acabó.

—¿Pero Monna no tenía siquiera un agente?

—No.

—¿Dónde había aprendido a cantar?

Fisher entornó los párpados.

—Pocas personas lo saben.

—¿Tú eres una?

—Quizá.

Storme unió otro billete al primero.

—¿Y bien?

—Aprendió con Mamá Benny. —El negro cerró la mano sobre los billetes y los estrujó—. Fue un caso... Quería cantar, no soñaba

sino con cantar, y sabía exactamente cómo y dónde cantar. Nunca he conocido a nadie con más talento para estas cosas. ¡La estrella del Barrio Francés! Eso era exactamente lo que tenía pensado.

—¿Qué es eso de Mamá Benny?

—Sí, ella le enseñó todo lo que sabía. Monna era hija de una lavandera de Chauvette Street, huérfana de padre, y tenía dieciséis años cuando su madre murió. Vendió el negocio, reunió el dinero, se fue a ver a Mamá Benny y le dijo que se lo daría todo si hacía de ella una cantante. Mamá Benny, primero, la probó, porque era una mujer honrada. Luego aceptó el trato. Monna estuvo tres años con ella. Pudo haberse marchado antes, pero Mamá Benny enfermó y no tenía a nadie, y decidió quedarse a su lado hasta que muriese. Después de muerta vino a contratarse en casa de Geo.

Una luz de comprensión iluminaba el rostro de Storme. Había oído hablar innumerables veces de la legendaria Mamá Benny, la insuperable, la única, la reina de la época de oro de los *blues*, famosa cincuenta años antes.

—Yo creía que Mamá Benny estaba muerta hacía una eternidad.

—Mucha gente lo creía así. No. Vivía en La Roche, completamente olvidada, pobre y casi ciega.

—¿Cómo se enteró Monna?

—Su abuela se lo había contado cuando era niña. Fue amiga de Mamá Benny y la admiraba más que a nadie en el mundo.

—Ya veo.

Fisher vació otro vaso.

—Usted lo sabe, ¿no?

—¿Qué?

—La abuela materna de Monna era una mujer de color. Nadie más que yo parecía saberlo.

—Lo he sabido hoy. Dime una cosa, Fisher. Te pagaré lo que quieras por ella.

—No la sé —respondió el negro, suavemente.

—No te la he preguntado todavía.

—No es necesario. —Fisher emitió una risa cascada y por un instante su rostro se animó—. A Monna la han matado los hombres-leopardo. No sé una palabra de eso, excepto que no la hubieran matado si hubiese continuado en el restaurante de Geo.

—¿Tú, conociéndola como la conocías, puedes suponerla una

adepta del vudú?

Fisher describió un arco con su esquelética mano izquierda.

—Mire a su alrededor. ¿Cuántos adeptos le parece ver, incluyéndome a mí?

—¿Tú lo eres?

—No se burle, señor. A mí no me querrían. Nadie quiere a un negro borracho que no cree en nada. Si alguien dice que no existen los negros que no creen en nada, usted a Saltamontes Fisher.

—¿Tienes miedo?

—No.

Storme se inclinó hacia adelante y bajó la voz.

—Monna Baker fue buena contigo. Si averiguas quién y por qué la han matado, te daré lo que me pidas, siempre que sea algo que esté a mi alcance. —Sacó su cartera, tomó una tarjeta y la dejó ante el negro—. Ahí me encontrarás.

Fisher no tocó ni miró la tarjeta.

—¿Está a su alcance un piano? —preguntó.

—Podría estarlo. A cambio del asesino de Monna, de motivos del crimen y de pruebas para condenarle, sí.

—Lo pensaré. —El negro sonreía, mirando ante sí ver, exhibiendo sus dientes sucios—. Me gustaría tener un piano antes de morir. ¿Usted se figura? A, mí, ¡a Saltamontes Fisher!, no me dejan ya tocar, ni que sea gratis, en ninguna parte. A Saltamontes Fisher...

—Adelante, entonces.

—Lo pensaré —repitió el músico. Y añadió—: Pero no es bueno que un negro no crea en el Gran Leopardo. No es bueno que no crea en nada. Gracias, señor, por la ginebra, las promesas y el dinero.

—No hay de qué —respondió Storme.

CAPÍTULO IV

Storme estudió a la mujer colocándose la pipa en el ángulo de la boca. Tenía una cara grande y redonda, como un pan negro brillante de sudor. Estaba atemorizada. Abría unos ojos como platos y sus pupilas bailaban incesantemente.

—Usted se llama Bertha Lindsay —dijo él, con calma—. La señorita Baker no tenía a nadie más a su servicio, si no me equivoco.

—A nadie.

¡Qué extraña criatura había sido Monna Baker! Storme pensaba en ello contemplando el vestíbulo de la vieja casa que antaño perteneciera a Louise Langres. Las cantantes de moda, cuando comenzaban a ganar dinero, se instalaban en un apartamento ultramoderno decorado a estilo Hollywood. Monna, en cambio, había alquilado aquella histórica mansión, que hizo restaurar con exquisito gusto. ¿Por qué? No era un sitio alegre, y su melancólica belleza únicamente un espíritu predispuesto podía captarla. Su atmósfera resultaba más bien opresiva, su olor característico producía una sensación inquietante.

Storme fijó la mirada en el suelo.

—Señor, no me tenga aquí —dijo la negra entonces, con voz temblorosa—. Es donde la encontré. Por favor, señor, no puedo soportarlo.

—¿Le remuerde la conciencia?

—¡Señor!

El rió acerbamente.

—A mí no me engaña, Bertha. Los periódicos han publicado sus mentiras: que la señorita Baker la autorizó para que fuese a visitar a su hermana, que marchó ayer tarde, que ha vuelto esta mañana...

No niego que fuera a ver a su hermana, pero sí que la señorita la autorizase. ¡Oh, ella ha muerto y no puede desmentirla! Usted sabía, o sospechaba, que la encontraría muerta al regresar.

—¡Cállese!

—¡De ningún modo! Puede que la policía se haya tragado sus patrañas, Bertha, pero yo no. ¡Y haré que ellos tampoco se las traguen! Yo sé que usted se marchó y abandonó anoche a su señorita para dejar el campo libre a los hombres-leopardo.

La obesa doncella negra retrocedía paso a paso, mirando a Storme con horror.

—¡No, no, no! —gimió—. ¡Por San Luis, señor, no!

—¿Quién le dio la orden de marcharse?

—¡Nadie!

—¿Prefiere entendérselas con la policía, Bertha?

La negra, en su retroceso, había llegado hasta la pared. De espaldas a ésta, se detuvo, temblando, extendiendo las manos ante sí.

—¿Quién es usted? —preguntó, roncamente.

—Alguien que busca al Gran Leopardo.

Los ojos de la mujer reflejaron un terror agónico.

—¡No!

Storme se acercó a ella. Reía.

—Usted no sabe lo que hace, Bertha. Del Gran Leopardo no tienen miedo más que los niños. Hay cosas peores, mucho peores... Pregúntelo a quienes tienen miedo de mí. Ellos le dirán...

—Nadie me ordenó que me marchara —declaró la mujer, rompiendo a hablar atropelladamente—. Supe Que tenía que marcharme, pero nadie me lo ordenó.

—¿Cómo lo supo?

—A ella le enviaron una señal.

—¿A la señorita Baker?

—Sí.

—¿Qué señal?

—Una pata de gallo.

—¿Con una cinta roja? —aventuró Storme.

—Sí. ¿Usted sabe lo que eso significa?

—Muerte.

—¡Por San Luis, señor, márchese!

Los ojos de Storme centelleaban.

—¿Cómo se la enviaron?

—Debieron de echarla por una ventana. Estaba ahí, en el suelo, casi donde ella...

—¿Cuándo fue?

—Anoche, cuando iba a salir para cenar con el señor Hutton. Entonces la vimos.

—¿La señorita Baker conocía su significado?

—No lo sé.

—¿No se asustó?

—No dijo nada. Cogió la pata de espaldas a mí, abrió la puerta y se marchó. No he vuelto a verla viva. Al quedarme sola tuve tanto miedo...

—Eso está mejor —dijo Storme.

Fijó entre sus dientes la boquilla de la pipa y procedió tranquilamente a encender ésta. Su actitud contribuyó a que la negra recobrara poco a poco la serenidad.

—San Luis me valga, señor, obré muy mal. Pero una es una pobre mujer, y cuando los demonios andan de por medio, ¿qué puede hacer sino escapar?

—¿Dónde están los demonios?

—¡Son demonios!

—¿Desde cuándo la señorita Baker se relacionaba con el vudú?

Bertha hizo la señal de la cruz y negó vigorosamente con la cabeza.

—Yo no lo sabía, se lo juro. ¡Nunca lo sospeché! ¡Me hubiera despedido al instante!

—¿Llevaba mucho tiempo a su servicio?

—Seis meses. Desde que se instaló en esta casa.

—¿La visitaban personas de color?

—No. He dicho a los señores de la policía...

—¿La policía le ha preguntado esto?

—Esto y muchas otras cosas, señor. Sobre su vida, sus amistades, las llamadas telefónicas que recibía, las cartas...

—Dígame lo que no les haya dicho a ellos.

La negra titubeó, pensativa.

—No les he dicho que hace unos meses, antes de que conociera al señor Hutton, ella estaba, creo yo, enamorada de otro hombre. Se

llamaba Pembroke, era un joven alegre, apuesto, presumido, que venía con frecuencia al principio de servir yo en la casa. Luego, de la noche a la mañana, ya no vino más.

—¿Un hombre de color?

—No, blanco.

—Su apellido era Pembroke. ¿Y su nombre?

—La señorita le llamaba Buddy.

—¿A qué se dedicaba?

—Era artista, dibujante o pintor, no lo sé con exactitud. Yo vi, ¿entiende usted?, solamente el final de sus relaciones.

La pipa de Storme se había apagado.

—¿Qué más sabe usted, Bertha? ¿Qué sabe de los diablos, por ejemplo?

—Lo que saben todos, señor. —La negra hizo de nuevo la señal de la cruz—. Y no quiero saber más. ¡San Luis bendito!

—Cree en ellos, naturalmente.

—¿Cómo no he de creer, si he visto lo que han hecho con la señorita?

—Sin embargo, no son diablos, sino hombres.

Bertha bajó los ojos.

—Lo que usted diga, señor.

—¿Qué se murmura por ahí del Gran Leopardo?

—Señor, los pobres negros...

—¡Un cuerno los pobres negros! —exclamó Storme, con sarcasmo—. Sólo es pobre negro el que quiere serlo. ¿Qué imaginan? ¿Que el Gran Leopardo, de un soplo, va a convertir a los tontos en listos, a los feos en guapos, y así, sucesivamente? ¡Qué comodidad!

—¡San Luis me ampare, señor, yo no creo una palabra de eso!

—Pero echó a correr y dejó que mataran a su ama impunemente cuando vio una simple pata de gallo en suelo. —Storme se quitó la pipa de la boca—. Maldita estúpida, condenada ignorante... ¡Cuánto me gustaría que le hicieran a usted y a todos los que son como usted lo mismo que le hicieron a ella!

—Lo que usted diga, señor —murmuró la negra, con ojos bajos. Storme dio media vuelta y se marchó.

CAPÍTULO V

El camarero avanzaba llevando una botella de vino su cestillo correspondiente. A pocos pasos de la mesa que ocupaba Storme, interceptó su camino Ives en persona, el dueño del restaurante, quien inspeccionó la etiqueta de la botella antes de permitirle continuar.

El camarero llegó hasta la mesa, mostró también la etiqueta a Storme, y cuando éste hubo asentido, escanció vino en su vaso. Ives se aproximaba por detrás de él, sonriendo obsequiosamente. Llevaba el escaso pelo peinado de través y pegado con gomina a la calva. Era alto, flaco, y el *smoking* le sentaba demasiado bien, como a un maniquí de sastrería. Salvo en sus accesos de cólera, hablaba con un acento francés afectado y artificial.

Estos rasgos no le hacían simpático, pero en toda Nueva Orleans sólo había dos restaurantes donde se comiera tan bien como en el suyo.

—¿Todo en orden, señor Storme? —inquirió. Bruno Storme cenaba allí cuatro o cinco noches por semana, e Ives sabía que un hombre como él, que además escribía en los periódicos, prestigiaba el local y le proporcionaba muchos y distinguidos clientes—. ¡Oh, por cierto! ¿Le han dado el recado? De su casa llamaron hace un rato preguntando por usted.

—No me han dicho nada.

—¡Increíble! Jack tomó el aviso. Enseguida estoy con usted, señor Storme.

Se alejó.

Storme comió con la vista fija en el plato.

Cuando Ives reapareció, le acompañaba un botones que tenía una oreja enrojecida y los ojos brillantes.

—El muchacho no le vio entrar, pero ello no le exime de culpa. Vamos, di al señor Storme qué recado te han dado.

El botones carraspeó.

—El agente detective Christie, de la Oficina de Homicidios —recitó como si se tratara de una lección— ha ido dos veces a su casa y ha llamado por teléfono varias veces más sin encontrarle. Ruego que se ponga usted en contacto con él lo antes posible. El recado es de parte de Sam.

—Del «señor» Sam —le corrigió Ives, secamente.

—No importa —sonrió Storme—. Sam es mi criado. Puedes hacerme un favor, chico. Llama a la Oficina de Homicidios y avisa a ese agente detective de que le espero aquí y le invito a un coñac.

—Gracias, señor.

—Puedes retirarte —indicó Ives, solemnemente.

Storme terminó de cenar antes de que el agente compareciese. Le vio desde lejos, mientras Jack, el botones, le acompañaba hasta su mesa. Se puso en pie y deslizó un billete en la mano del muchacho.

—¿Señor Storme? Soy Christie, de Homicidios. Trabajo con el capitán Staffa.

—Conozco a Staffa, y a usted me parece que de vista. Siéntese, por favor. ¿Café? ¿Un coñac?

Christie se sentó, aceptó el café y el coñac y expuso sin circunloquios el motivo de su gestión.

—¿Pedirme ayuda? —preguntó Storme, sonriendo con suavidad—. ¿La Oficina de Homicidios a mí? Es como si un elefante le pidiera ayuda a un mosquito para mover una peña.

—Sabe muy bien que la comparación no es exacta —replicó el policía—. Llevo buscándole toda la tarde, señor Storme, y debo advertirle que el capitán y yo habíamos ya considerado la posibilidad de hablar con usted cuando el *New Orleans Tabloid* publicó su crónica. Nos decidió el hecho de que mencionara en ella a los hombres-leopardo.

—Temo que mi alusión a los hombres-leopardo haya parecido a la mayoría de mis lectores una fantasía propia de cuento para niños.

—En Homicidios sabemos que no es una fantasía.

—Están bien informados, entonces.

—Y usted puede que lo esté más aún, señor Storme. Usted

conoce a los negros mejor que cualquiera de nosotros. Comprende, ¿no es así?, que los hombres-leopardo no son un cuento para niños, pero sí un cuento para negros, lo cual, dada la mentalidad de la gente de color, no resulta una cosa muy diferente. Con la salvedad de que el cuento sirve para encubrir una vulgar organización, llamémosla comercial.

Storme se llevó la copa de coñac a los labios.

—Me interesa usted.

—Muy bien, corriójame si me equivoco —siguió diciendo Christie—. Nuestros barrios antiguos cobijan una de las poblaciones negras o seminegras más miserables y envilecidas del país. Nueva Orleans es el foco donde nunca se han apagado por completo los rescoldos de las supersticiones, los ritos y las sectas, el vudú en primer lugar. Pasa el tiempo, todo cambia, todo progresa, pero, de vez en cuando, en un punto u otro de los alrededores de Congo Square, el vudú vuelve a resurgir. Generalmente, no constituye problema, porque la llama se apaga pronto. Todos estamos alerta contra ello. Todos sabemos que los negros son y serán los negros, y que jamás en el asfalto de nuestras calles, entre el cemento y el aluminio de nuestros *buildings*, ha cesado ni cesará de alentar el espíritu de la jungla. El verdadero peligro, señor Storme —concluyó el policía, recalcando las palabras—, reside en que un día surja un hombre lo bastante listo, para explotar ese espíritu con un propósito concreto, con un objetivo criminal.

—Va usted a decirme que el hombre ha surgido ahora.

—¿No es cierto?

—Supongamos que sí. ¿Cómo lo sabe usted? ¿Cómo lo sabe la policía?

—Lo sospechamos nada más. No tenemos una sola prueba. Existe la presunción de que han estado ocurriendo cosas, algunas de ellas puede que muy graves, en el seno de la masa negra, pero esta masa es un mundo aparte para nosotros en el que ni siquiera nuestros agentes de color, o incluso nuestros oficiales de color, llegan jamás a penetrar.

Pensativo, Storme dijo:

—Antes ha aludido usted a una organización comercial.

—Sí. Estamos asistiendo, es evidente, a un nuevo rebrote de vudú en los barrios negros. Mientras el fenómeno se limita a la

práctica de ceremonias clandestinas más o menos macabras, al sacrificio de animales, a cantos y bailes que conducen al típico éxtasis colectivo africano, la cosa, como en ocasiones anteriores, no tiene excesiva importancia. Algunas veces se ha empezado así y se ha terminado con un crimen, que ha podido ser, recordará usted varios casos, un asesinato abominable. Pero lo que ocurre ahora es distinto. El vudú se ha convertido en un medio, ha dejado de ser un fin en sí mismo. La persona o personas que lo han resucitado se sirven del fanatismo, el miedo y la superstición de quienes llevan sangre negra en las venas para obtener un provecho material. En otras palabras, los gangsters de Chicago o Nueva York, por ejemplo, suelen coaccionar con la amenaza de la violencia a los comerciantes de su jurisdicción para montar sus negocios: apuestas, tragaperras, drogas, garitos o, simplemente, el cobro de un subsidio directo a cambio de lo que llaman «protección». Los gangsters de Nueva Orleans han descubierto un instrumento mucho más eficaz, que es el vudú, para conseguir lo mismo de los comerciantes y elementos adinerados del mundo de Color.

Hubo un silencio, durante el cuál Storme sacó su pipa y procedió calmamente a llenarla. Luego, dijo:

—Acierta usted. Eso es, aproximadamente, lo que ocurre.

—¿Confirma mi opinión, Storme?

—Por entero. Alguien ha sembrado el terror, un terror como nunca se había conocido otro, entre la población negra de la ciudad. Lo ha hecho para beneficiarse económicamente, para conseguir dinero por medio del miedo. Es una persona a quien los negros designan por el Gran Leopardo. No ignora usted, ¿verdad?, que la superstición de los hombres-leopardo fue incorporada hace años a las creencias vudú. Se trata de una superstición africana, según la cual los héroes, los famosos guerreros de tiempos antiguos, vuelven a la tierra bajo figura de leopardos para libertar a los negros del dominio de la raza blanca. El Gran Leopardo es, pues, el jefe de esta tropa de fantasmas vengadores, un mesías, un redentor... ¡Valiente pajarraco! Con el pretexto de la misión que ha de cumplir y valiéndose de un miedo supersticioso cuyas dimensiones nosotros difícilmente comprenderíamos, cobra un tributo a todo el que puede pagarlo. Exactamente como usted dice, Christie: el vudú está siendo utilizado para encubrir el más descarado gangsterismo. La desdicha

es que esto lo hace doblemente peligroso.

El agente se echó atrás en su silla, con evidente satisfacción. Bebió un sorbo de coñac.

—Celebro saber que no me he equivocado.

—No basta con no equivocarse —replicó Storme—. Saber cuál es la situación, no resuelve nada. Hay que desenmascarar al Gran Leopardo, porque únicamente así, haciéndoles ver y tocar la realidad, ridiculizando sus terrores, lograremos derribar el muro de silencio que les negros han levantado. Actualmente es imposible arrancarles una sola palabra: pagan y callan, unos por miedo, otros por convicción, la mayoría por las dos cosas a la vez. Esto es lo que hace el vudú tan peligroso y tan eficaz, lo que revela la astucia de quienes han montado el tinglado. En este sentido, que Monna Baker muriera asesinada ha sido para nosotros una gran suerte.

Christie hizo una mueca.

—Lo siento por la pobre muchacha, pero creo que tiene usted razón. La muerte de Monna nos abre una puerta por donde escudriñar el misterio.

—También tiene un inconveniente grave.

—¿Y es?

—Monna Baker, no cabe duda, se hallaba presa entre las redes del vudú, y la han matado porque pretendía escapar de la abominación casándose con un hombre millonario y de raza blanca. Constituye un ejemplo nefasto: primero, de que incluso una persona tan importante como ella, célebre, hermosa y hasta cierto punto rica, sensible y culta, puede ser una adepta de esos ritos repugnantes. Segundo, de que la garra justiciera de los hombres-leopardo no perdona a nadie, por muy arriba que esté. Ambos hechos habrán impresionado a los negros profundamente. El silencio, la complicidad pasiva, son en estos momentos más fuertes que nunca.

—¿Lo ha experimentado usted personalmente?

—En parte. Y desearía pedirles a ustedes un favor.

—Diga.

—Las características del asesinato de Monna son especiales para que los periódicos monten un caso sensacional: vudú, magia negra, zarpazos de leopardos, una cantante famosa cuyos orígenes están envueltos en el misterio, un millonario tejano... Pues bien, debemos

impedir que se siga semejante camino. Es absolutamente necesario que sean destacados los elementos vulgares, que se presenten los hechos como el crimen típico de una banda de gangsters que elimina a un testigo peligroso. Hay que desarrollar una violenta campaña de burlas y escarnio contra todo lo que huelga a superstición, de manera que quien se tome en serio al vudú acabe sonrojándose y avergonzándose. Será muy difícil, lo sé, porque el bocado, tal como se presenta ahora, es tentador para el menos sensacionalista de los cronistas de sucesos, pero tenemos que hacerlo a toda costa. Yo trabajaré desde el *New Orleans Tabloid*. El favor que deseo pedirles es que convoquen ustedes una conferencia de prensa en la Oficina de Homicidios, expongan francamente a los reporteros la situación, apelen a su sentido cívico y les instruyan sobre la forma en que han de tratar el asunto. Nada de leopardos fantasma, de hombres-leopardo, de hechicerías, de horrores en la noche: gangsters que operan con procedimientos infantiles, eso es todo. Niñerías que mueven a risa. Enfrentada a criminales tan ingenuos, la policía tiene el éxito asegurado.

—Comprendo —asintió Christie—. Espera usted contrarrestar el mal efecto causado sobre las almas sencillas por la muerte de Monna.

—Debemos, por lo menos, intentarlo. Si creamos un estado de opinión favorable a nuestros propósitos, tendremos la mitad del trabajo hecho. Los negros son muy influenciables, afortunadamente.

—Muy bien, se lo diré al capitán Staffa. Creo que puede usted contar con nosotros.

—Disponemos de una base. Me han contado que, cuando salía de su casa para cenar con Hutton, Monna Baker encontró una pata de gallo con una cinta roja. Según los símbolos vudú, era un aviso de muerte. Pero, visto con ecuanimidad, es un aviso tan grotesco... Esa pata de gallo se presta a infinidad de burlas. No estaría mal comenzar por ella.

—¡Excelente idea, Storme! Monna llevó toda la noche la pata en su elegante bolso.

—¿Fue así? ¡Magnífico!

—Cuenta con nosotros —repitió Christie, sonriendo.

Bruno Storme se quedó pensativo cuando el agente Hubo marchado. Christie no le había hecho una sola pregunta,

limitándose a solicitar humilde y amablemente su ayuda y su consejo, sin la menor exigencia a cambio. ¿Qué clase de policía era aquél? ¿Un cándido? ¿O un astuto que se perdía de vista?

CAPÍTULO VI

El crítico de arte del *New Orleans Tabloid* se apellidaba Lesage y presumía de descender de uno de los gobernadores franceses de la Louisiana. Presumía de otras muchas cosas. Hablaba siempre en tono doctoral, con voz afectada y acento postizo, poniéndose y quitándose las gafas cada media docena de palabras. Sus trajes solían estar pasados de moda, cualidad que él consideraba el no-va-más de la elegancia masculina.

—¿Pembroke? —repitió, pellizcándose el labio inferior—. No sé, Storme, realmente... ¿Buddy Pembroke?

—Pintor o dibujante.

Lesage, con gesto escéptico, se levantó para consular su fichero. Su gesto escéptico desapareció enseguida.

—Dibujante, en efecto. Expuso cuando empezaba, hace un par de años. Nada del otro mundo. Luego se ha dedicado al dibujo comercial: ilustraciones, publicidad, caricatura, historietas. Lo siento, Storme, pero no es nadie que cuente...

—Para mí cuenta tanto como Picasso. ¿Tiene sus señas?

—Sí. —Lesage parecía ofendido—. No respondo de que sean sus señas actuales, sin embargo.

Storme se acercó a él y miró la ficha por encima de su hombro. Copió la indicación en su cuaderno de notas: 44, La Charité Street.

—Gracias, Johnny.

Lesage, que se hacía llamar Jean y detestaba que le llamaran Johnny, respondió con un gruñido.

El jefe de redacción detuvo a Storme cuando éste se dirigía a la salida.

—¿Algo nuevo? ¿Quieres que te reserve espacio?

—Sí. —Storme lanzó una mirada al reloj y frunció el entrecejo

—. ¡Condenación, qué tarde es! Dictaré algo por teléfono si no tengo tiempo para más, pero resérvame espacio de todos modos.

—*Okay...* Media página con lo de Charlie.

Charlie Carman era el titular de sucesos.

—¿Qué prepara Charlie?

—¡Oh, auténtica dinamita! Cuajará con lo suyo, no te preocupes.

Los hombres-leopardo, desde la revuelta del

mau-mau

africano a nuestro Vieux Carré, pasando por los disturbios de hace año y medio en Jamaica. Ha descubierto en un antiguo libro de viajes un sortilegio de no sé qué de una cabra blanca.

—Ya veo —refunfuñó Storme—. Bien, tengo que hablar con él y contigo. Empieza a pensar en compagina esa media página de otro modo.

Expuso al jefe y a Charlie Carman la situación, discutió con ellos diez minutos y obtuvo su resignado asentimiento antes de abandonar la redacción del periódico.

Su coche le condujo a La Charité Street. El número 44 era un edificio de viviendas reformado, de buen aspecto, con una portería de estilo antiguo, abierta aún pese a lo relativamente avanzado de la hora. Una negra vieja, en la portería, estaba presenciando una película en el receptor de televisión.

—¿Vive aquí Buddy Pembroke?

—Segundo C —dijo rápidamente la negra, sin apartar los ojos de la pantalla, donde cinco enmascarado se arrojaban sobre un *cow-boy*

elegantemente vestido—. No creo que le encuentre.

No había ascensor.

Segundo C. Storme oprimió el botón del timbre y en el interior se oyó un zumbido. Solamente el zumbido. Nadie acudió a abrir.

Storme se mordió los labios.

¿Podía esperar? ¿Podía volver otro rato u otro día?

Fue entonces, mientras titubeaba, cuando observó que la puerta ostentaba en torno al ojo de la cerradura unas señales como de arañazos en el barniz de la madera y en el metal. Era una cerradura antigua, muy simple, y evidentemente había sido forzada, a pesar de lo cual, según comprobó empujándola, la puerta no se hallaba abierta. ¡Qué extraordinario! Ni remotamente había sospechado que

Buddy Pembroke tuviera importancia: iba a visitarle para obtener los datos que el dibujante pudiera buenamente darle sobre la Monna Baker de seis meses atrás. ¿Pero tanta importancia tenía que alguien se había molestado en forzar la puerta de su domicilio?

Si era así, ¿por qué tenía importancia y por qué había sido forzada la puerta?

Storme repasó mentalmente sus conocimientos sobre el arte de forzar cerraduras, que eran muy escasos. No obstante, a juzgar por los arañazos, la persona que ejecutó la tarea no debía de poseer conocimientos superiores a los suyos. Si aquella persona había entrado, cosa que no podía saber, él también entraría. Le costó veinte minutos de forcejeo, empleando todo lo que contenían sus bolsillos susceptible de servir como herramienta. En dos ocasiones hubo de interrumpir el trabajo y disimular, una porque creyó que una de las puertas del rellano se abría, lo que no ocurrió, y otra porque subía un vecino, que pasó por su lado sin apenas prestarle atención.

La cerradura cedió al fin, aunque quedó tan maltrecha que ya no volvería a funcionar. Storme entró en el piso y ajustó la puerta. Encendió la luz. Miró en torno.

Bonito. Un piso pequeño, pero bien distribuido y decorado. Saltaba a la vista de que los tabiques interiores habían sido cambiados de lugar alterando la disposición las habitaciones y formando una sala, a un tiempo cuarto de trabajo y de estar, que ocupaba casi todo el espacio disponible. Storme comprobó rápidamente que en la casa no había nadie. Hubiera jurado, además, que el causante de los arañazos en la puerta no consiguió, entrar, pues nada parecía haber sido registrado o tocado. ¿O acaso no fue registrar o tocar lo que el intruso se proponía?

Únicamente en el dormitorio se advertía cierto desorden: el ropero estaba abierto y algunas prendas aparecían revueltas, pero no más de lo que un hombre las dejaría al tomar por la mañana una camisa o unos calcetines limpios. Impulsado por una idea repentina, Storme examinó el cuarto de baño. Al instante se confirmó su idea: faltaban el cepillo de dientes, la crema dentífrica, el peine, la máquina de afeitar... ¿Se habría ausentado Pembroke?

Sobre el diván del cuarto de estar aparecía, arrojado con descuido, un periódico. Era de aquella misma tarde. El *New Orleans*

Tabloid, con la información del asesinato de Monna Baker en lugar destacado.

Storme se metió las manos en los bolsillos. Reflexionaba. Los pequeños detalles semejaban de tal manera encadenarse unos con otros...

Inspeccionó la mesa de dibujo de Pembroke, en que había un cartel casi terminado. Buen trabajo, realista, atractivo, destinado, según se veía, a anunciar una marca de *whisky*.

Prosiguió el examen y no tardó en descubrir qui el dibujante trabajaba para la GIPA, una conocida agencia de publicidad. Descubrió otra cosa: doce dibujos, dos de ellos enmarcados y colgados en la pared que eran otros tantos retratos, todos distintos, de la misma persona. Una muchacha. No Monna Baker, por supuesto, pero sí tan bella o más que Monna. De su opulenta belleza, en el conjunto de los retratos, no quedaba oculto nada.

Cartas, facturas, papeles, todo cuanto Storme examinó carecía de significado y de relación con Monna Baker. No había direcciones anotadas junto al teléfono. No había en toda la casa un solo indicio de por qué alguien tuvo que forzar la puerta, ninguna razón para atribuirle a Buddy Pembroke la menor importancia.

Storme se encogió de hombros. Cogió uno de los dibujos; lo arrolló y se lo llevó consigo. Tal como había supuesto al entrar, la cerradura no funcionaba. La puerta quedó abierta y con doble número de arañazos que antes.

A bajo, en el televisor de la portería, el
cow-boy

elegantemente vestido se disponía a besar a una rubia. La película estaba a punto de terminar.

—No contesta —dijo Storme.

—¿Quién no contesta? —preguntó la negra, sin apartar ojos de la pantalla.

—Buddy Pembroke.

—Tendrá qu... ¡Oh, el señor Pembroke! —El

cow-boy

y rubia se besaban ya—. Se ha marchado esta tarde. No hay que hacerle la limpieza hasta que avise, así que...

—¿Adónde ha ido?

—No puedo decirle.

—¿Pero se ha marchado inesperadamente? En la pantalla apareció la palabra «Fin». La portera suspiró y se volvió.

—¿Decía usted, señor?

—Sí se ha marchado inesperadamente.

—¿El señor Pembroke? Ha venido esta tarde, ha vuelto a bajar enseguida con una cartera de mano, me ha dicho lo de la limpieza.

¿Inesperadamente? Parecía tener prisa, eso sí.

—¿Alguien ha preguntado más tarde por él?

—No recuerdo. No, no... Es decir, hace un rato... Pero era usted mismo, ¿no?

—Sí. ¿Alguien más?

—Nadie.

—¿A qué hora se ha marchado?

—No sé, señor. A media tarde. No miraba el reloj.

—¿Tiene coche?

—Sí.

—¿Cómo es? ¿Qué marca? ¿Qué matrícula?

—¡Ah, señor, nunca me he fijado, no entiendo una palabra de coches!

—¿Dónde lo guarda?

—Hay un solo garaje cerca de aquí, en la primera travesía, calle arriba, a la derecha...

Storme fue al garaje. Por una propina de dos dólares averiguó que el coche de Pembroke era un «Chevrolet» del año 56, verde y blanco, supo el número de la placa y también que el dibujante no había vuelto a guardarlo desde que lo sacó por la mañana.

Desde el propio garaje llamó a la redacción del *New Orleans Tabloid*.

—¿Eres tú, Kennedy?

Kennedy era el redactor jefe.

—Sí. ¿Conecto el dictáfono?

—Todavía no.

—Storme, por favor...

—¡Aguarda! Entérate de si alguno de vosotros conoce a alguien que trabaje en la GIPA. Debe ser alguien que esté más o menos en contacto con los dibujantes de la agencia y a quien pueda molestar a estas horas O bien, alguien que, a su vez, me ponga en contacto con la persona que necesito. Y si alguno conoce a un tal Buddy

Pembroke, tanto mejor.

Kennedy no contestó.

Hubo un larguísimo silencio.

—¿Storme?

—Sí, aquí estoy.

—Dice Holt que conoce a un redactor de anuncios de esa agencia, un tipo apellidado Connington, que vive cerca de su casa, en Magence Street. Es lo único que he podido conseguirte. Mira a ver si están en la guía telefónica sus señas exactas. ¿Cuándo tendré tu crónica? Necesito cerrar.

—Un poco de paciencia —dijo Storme.

Cortó la comunicación y consultó la guía. El tal Connington tenía teléfono a su nombre, por fortuna. Vivía en el 104 de Magence Street.

Le llamó. Estaba en casa.

—Soy Bruno Storme, colaborador del *New Orleans Tabloid*. Me atrevo a molestarle por indicación de Tommy Holt.

—¡Hombre, Bruno Storme! —respondió una voz cordial. Detrás de la voz se oía berrear a un chiquillo—. Le leo a usted con mucho gusto. Es un honor que... ¡Cállate, Bobby! Permítame decirle que es usted un maestro manejando adjetivos, que nadie como usted... ¡Cállate, Bobby!

—Gracias. Deseaba preguntarle si conoce usted a un dibujante llamado Buddy Pembroke.

—¿Buddy? Sí, por supuesto.

—Bien, necesito hablar urgentemente con Pembroke acabo de saber que esta tarde se ha ausentado de su casa y quizá de la ciudad. Si usted pudiera sugerirme como averiguar su paradero... Puede que en la GIPA lo sepa alguien, ¿no?

—¡Cállate, Bobby! ¿Quiere usted volver a llamarme pero dentro de cinco o diez minutos, señor Storme?

—Complacido, gracias.

Storme dio otro dólar al empleado nocturno y abandonó el garaje.

Hizo desde un bar, con un ron con seltz en la mano, su segunda llamada a Connington.

—Lo siento —dijo éste—. No lo saben, señor Storme. Ha sido una sorpresa para el director del estudio, pues precisamente

Pembroke debía entregar un trabajo mañana por la mañana. Su ausencia será por motivos particulares, ¿no le parece? De todos modos, no ha avisado de que no vaya a entregar el original en cuestión, es hombre que suele cumplir sus compromisos.

—¿Quiere decir que mañana estará aquí?

—Eso creo.

Storme titubeó.

—Mire, Connington, estoy pensando... Tengo entendido que a Pembroke le une cierta relación con una muchacha de la que ha dibujado una docena de retratos. ¿Sabe usted algo de eso?

—¿Se refiere a Annie Kirk?

—Ignoro su nombre. Pero puedo ir a su casa y mostrarle uno de los retratos.

—No es necesario. Se trata de Annie Kirk. —Connington rió—. No hay otra. ¿Una muchacha de ojos grandes, cabello revuelto, expresión soñadora, con una figura que tumba de espaldas?

—La misma.

—Sí, es Annie, una de nuestras modelos. Aguarde un instante, señor Storme. —Algunos rumores indicaron que el hombre se alejaba del teléfono. Cuando regresó dijo rápidamente y en voz baja —: Vive en los apartamentos Blaine, de Independence Avenue. Seguramente ella le informará. —La voz de Connington se hizo de nuevo normal—. Pembroke, ¿comprende usted?, es un tío con suerte.

Se había asegurado de que su esposa no le oía antes de confesar que conocía las señas de la muchacha, esto, pensó Storme sonriendo, obedecía su momentáneo alejamiento del aparato.

—Probaré. Gracias, señor Connington.

—A su disposición.

¿Habría sido una buena idea?

Storme salió del bar, montó en su coche y lo condujo sin prisa, reflexionando, hacia los nuevos distritos donde estaba Independence Avenue. Era raro. ¿Qué pasaba con Buddy Pembroke? Su precipitada marcha, sin apenas otro equipaje que los objetos de aseo y con trabajo pendiente de entrega a la mañana siguiente que no había terminado aún, tenía todo el aspecto de un fuga. De una fuga emprendida al leer en el diario la tarde la noticia del asesinato de Monna. Pero ¿por qué? ¿Por qué escapar? ¿De qué y de quién?

¿Habría sido buena idea ir a preguntárselo a Ann Kirk?

Los apartamentos Blaine eran un sitio moderno barato donde debían de vivir centenares de persona Storme interrogó al conserje nocturno, un joven de cara lampiña y granujienta que leía una revista de cine ante la centralilla telefónica. Annie Kirk ocupaba el apartamento 216.

—¿Le anuncio, señor?

Storme guiñó un ojo.

—Está esperándome.

Tomó el ascensor hasta el piso correspondiente, avanzó por un pasillo tapizado de linóleoum, halló la puerta 216 y llamó. Al otro lado se oía música, sobre cuyo fondo la llamada hizo destacar el armonioso campanileo de un carrillón.

Luego, fue abierta la puerta.

CAPÍTULO VII

La muchacha dijo:

—Se confunde.

—¿No es usted Annie Kirk?

—Sí, pero...

—Entonces, no me confundo. Connington ha tenido la amabilidad de darme sus señas, pensando que usted podría ayudarme. Lamento tener que molestarla a estas horas.

Le actitud de la joven expresaba desconfianza.

—Bob Connington, ¿el de la agencia? Storme asintió.

—Quería prevenirla por teléfono de mi visita, pero no se ha atrevido porque estaba su mujer delante y tiene miedo de sus celos.

La mentira, o mentira a medias, tuvo la virtud de tranquilizar a la muchacha.

—¡El calzonazos! —exclamó burlonamente—. Bueno, pase y sepamos lo que desea de mí.

Buddy Pembroke no estaba en el apartamento. No estaba a la vista, ni era probable que estuviera oculto. No había materialmente lugar donde ocultar a un hombre. Lo había apenas para moverse.

—Siéntese —dijo Annie, señalando el diván-cama que ocupaba casi la mitad del espacio—. ¿Le estorba la música?

—Me gusta.

Un tocadiscos reproducía la voz de Peggy Lee. Una lámpara iluminaba el ángulo del diván, donde había un libro abierto, un cenicero, un paquete de cigarrillos, un tendedor. Todo indicaba que la muchacha había estado leyendo tranquilamente antes de la llegada de Storme.

Éste la examinó con interés. Vestía unos ajustados pantalones negros y un jersey color marfil, y era exactamente la clase de mujer

—su atuendo no disimulaba nada— que induciría a un redactor de anuncios a pensar que Buddy Pembroke era un tío con suerte. Su femineidad desbordante pertenecía al tipo agresivo, y ella ni remotamente la reprimía. Su proximidad se notaba como la de un condensador eléctrico. La sensual belleza de su rostro, de sus carnosos labios, de sus rasgados ojos pardos, perdía importancia ante el magnífico efluvio que de ella parecía desprenderse. Storme recordó los doce retratos e hizo una mueca involuntaria. Bien, Connington tenía, al fin y al cabo, razón. Pembroke era —tío con suerte. Doce retratos.

—Esto suele ocurrir —dijo la joven, tomando el paquete de cigarrillos y ofreciéndolo con ademán negligente—. No se preocupe, póngase cómodo y piense en los pajaritos del bosque.

Storme pestañeó.

—¿A qué se refiere?

—Todos se quedan mudos, mirándome como una vaca que ve pasar un tren. Estoy acostumbrada. ¿Fuma?

—Gracias, en pipa.

Ella se recostó en el diván y se desperezó. Colocó un cigarrillo entre sus labios.

—Avíseme cuando se sienta más tranquilo.

—No se haga ilusiones, muñeca.

—¡Ojalá me las hiciera! Tenía dieciséis años cuando a Jeff Sandys, uno de mi pueblo, le arrolló un camión porque se había embobado viéndome pasar. El fue primero de una larga serie.

—¿Hubo siempre un camión a mano?

—Ya sabe lo que quiero decir.

Storme rió en voz baja.

—No, no me han hechizado sus encantos, lo que no significa que puedan hechizarme en otras circunstancias. Pero ahora estaba pensando en Buddy Pembroke, no en usted.

Annie se quitó el cigarrillo de la boca.

—¿Buddy?

—Sí.

Hubo un silencio. La muchacha había perdido parte de su aplomo y miraba a Storme con renovado recelo.

Entre sus párpados entornados relampagueaban las luminosas pupilas.

—Bueno, ¿quién es usted?

—Un tal Bruno Storme.

—Su nombre me suena. ¿Es por causa de Buddy que Connington le ha enviado a mí? ¿Por algo relacionad con la agencia?

—Es porque necesitamos saber dónde está.

—¿Dónde quiere que esté? —No en su casa, por supuesto. Antes de venir pensaba que acaso le encontraría aquí, pero ya veo que no.

—No comprendo.

Mentía. La mención de Pembroke la había puesto instantáneamente en guardia, y no sería sin motivo.

—No le pido que comprenda. Sólo quiero saber dónde está.

—Sí, ya ha dicho eso antes.

—¿Y bien?

—Lo ignoro, amigo.

—¡Vamos, cuénteselo a su tía! ¿Le ha explicado Buddy que ha puesto pies en polvorosa por causa de una mujer? ¿Ha confesado que es por la mulata más bella del Barrio Francés? ¡A que no!

La muchacha aplastó furiosamente su cigarrillo en cenicero.

—¿Qué está diciendo? —exclamó.

—De modo que la ha engañado, ¿eh? ¿Con qué? ¿Con esa historia de fantasmas?

Annie abrió la boca. En el mismo instante sonó el teléfono, y el repentino campanileo la sobresaltó. Se rehízo, titubeó unos segundos, y finalmente, se tendió en diván para alcanzar el aparato y descolgarlo. —¿Diga?— preguntó, observando atentamente a Storme—. Sí... ¿Precisamente ahora? Ya te dije...

Con fría y deliberada firmeza, Storme se inclinó, con una mano le arrancó el teléfono y con la otra le tapó la boca. Ella forcejeó, emitió un colérico ¡Mmm! E intentó morderle, pero él consiguió, a pesar de todo, aplicarse el aparato al oído.

Una voz de hombre decía en tono áspero:

—¿Pero no te das cuenta? ¡Exijo que...!

La comunicación se cortó. Annie, extendiendo un pie, había golpeado el soporte telefónico. Por encima de la mano de Storme, sus ojos expresaban jubiloso triunfo.

Muy bien —refunfuñó él, soltándola—. Era Pembroke, naturalmente. Celebro comprobar que por lo menos sigue vivo. ¿Dónde está?

—¡Adivínelo!

—¿Será usted tan cándida como para hacerle el juego? ¡Por Júpiter, me gustaría saber qué les da ese pipiolo a las mujeres! ¡Con un harén no tendría bastante!

Annie, sentada muy erguida en el diván, con las piernas encogidas, no disimulaba las dudas que la asaltaban mitad de su acceso de cólera y de su maligna alegría por haberse burlado de Storme.

—¿Pretende embaucarme?

—De ningún modo, nena. Deténgase un momento a pensar en los motivos que puede tener un tipo como adorado Buddy para emprender la fuga con el rabo entre las piernas.

¡Hala, piénselo! Yo no le digo nada salvo que es peligroso para una chiquilla inexperta sentirse demasiado segura de sí misma. Los hombres quedan embobados al verla, de acuerdo. ¿Y qué? Tal como se emboban se desemboban. Es lo malo de una belleza superficial y publicitaria como la suya. Embobarse es una cosa, amar, amar de verdad, con fidelidad incluida, es otra muy diferente.

La joven, nerviosa, se golpeaba con la mano una rodilla.

—Usted se cree muy sabio.

—Me creo un sujeto con sentido común. ¿Por qué no me interroga acerca de esa mulata? Está muriéndose de ganas de hacerlo. —Storme rió—. ¿Qué pasa? ¿Se lo impide el orgullo?

Ella semejó a punto de formular la pregunta. No obstante, desistió. Dijo:

—Márchese. Se proponga lo que se proponga, pierde el tiempo. Debería comprenderlo, puesto que presume de sentido común.

Los ojos de Storme, que exploraban las cercanías, se posaron en una mesilla contigua al diván, sobre la cual había un plato con pieles de naranja, unos cubiertos, un vaso, una botella de leche vacía, rastros evidentes de una cena frugal. Agarró de pronto la botella por el gollete, y con asombro de la muchacha, la rompió de un golpe contra el suelo. Le quedó en la mano la mitad superior del recipiente. El borde irregular del cristal roto se veía cortante como una navaja.

Annie adivinó tarde lo que iba a ocurrir. Los brazos de acero del hombre la habían ya apresado, la atraían la inmovilizaban. Sus dedos le cerraban la boca. Fue inútil que resistiera y patalease.

—Muchas personas se equivocan conmigo —dijo Storme, hablándole casi al oído y con helada calma—. La mayoría de esas personas son mujeres. Se dejan engañar por mis modales, o por mi modo de vestir. Otras veces es la índole de mi trabajo, un trabajo pacífico e intelectual, lo que las deslumbra, o mi sonrisa, o el timbre de mi voz, o algo que hay en mí y que ni yo mismo se lo que es. No se mueva, nena, que no le servirá de nada. Bien, sepa que todas esas personas me consideran un hombre educado, gentil y caballeresco. Pero ¿ve este trozo de botella? Con trozos muy semejantes les desgracié el rostro a tres muchachas muy bonitas y muy testarudas. Una, recuerdo, se llamaba Leona y había nacido en Carolina del Sur. Tropecé con ella hace cuatro años, las otras dos... Fue en Nueva York, en fecha más reciente. De la última hablaron incluso los periódicos y le juro que un caballero ni remotamente hubiera hecho lo que hice yo. No soy un caballero, muñeca, no soy ni de lejos lo que aparento ser. ¿Verdad que me cree?

La resistencia de Annie había cesado cuando el hombre calló. El se arriesgó a destaparle la boca, dispuesto a tapársela de nuevo si gritaba. No grito. Tenía el escalofriante filo de la botella rota rozándole la cara por debajo del ojo izquierdo. Su voz fue un tembloroso susurro:

—¿Por qué me dice todo eso?

—Porque sería una pena echarle a perder el físico achica que vive de él.

—¡Oh! Es usted... es...

—Sí, soy todo lo que piensa. ¿Dónde está Buddy Pembroke?

—¿Me ha dicho la verdad en lo de la mulata?

—Sí.

—Pues suélteme.

Storme la soltó. Sabía perfectamente que estaba vencida, pero no sabía hasta qué punto. Le sorprendió la expresión de su rostro cuando lo volvió sonriendo hacia él. Las mujeres de la Edad de Piedra tenían sin duda una expresión similar cuando su hombre las derribaba de un garrotazo y las arrastraba por los cabellos hasta el fondo de la caverna.

—¿Dónde está Pembroke?

—En el Scotland Hotel —respondió Annie, sumisamente—. Se ha inscrito con el nombre de Philip Jardine. Por si quiere saberlo,

Philip Jardine es el nombre de su abuelo materno, así que no se lo puede considerar completamente falso.

—¿Qué pretexto ha dado a esa tontería? ¿Qué le ha dicho a usted?

—Que debía ocultarse durante unos días para no verse mezclado, sin culpa, en un asunto espinoso.

—¿Qué más? ¿De qué asunto se trataba, según él?

—No ha querido explicármelo.

—Está bien. —Storme se levantó del diván—. Con saber dónde se oculta, tengo suficiente. Ha sido uste muy razonable, paloma.

Annie le miraba balanceando una pierna.

—¿Sí?

—Le doy las gracias.

—¡No hable así y no ponga esa cara! —exclamó ella—. Detesto a los caballeros, ¿entiende?

Echó la cabeza atrás para reír. Sus dientes relucían como perlas. Sus labios formulaban una silenciosa, pero clara invitación.

—Lo suponía —dijo Storme—. Los cinco dólares que mejor he gastado en mi vida fueron para comprar un manual de psicología práctica. En él aprendí catorce procedimientos de ganarse la voluntad de las personas hablándoles como conviene a su carácter. Con usted he empleado el procedimiento número nueve. —Arrojó el trozo de botella sobre el diván—. Lamento que sea un procedimiento un poco rudo.

La risa de la muchacha se apagó.

—Pero...

—Buenas noches, señorita Kirk.

Ella saltó del diván como impulsada por un muelle.

—¡Oiga! ¿Qué se ha creído? ¡Oiga! ¿Y la mulata? ¿Qué pasa con la mulata? ¡Eh, no se marche!

Storme abrió la puerta.

—¿La mulata?

—¡Sí! ¿Va a decirme que la ha inventado?

—¡Oh, no! La pobre se llamaba Monna Baker. Anoche la asesinaron de una manera horrible.

CAPÍTULO VIII

Los labios de Bruno Storme formaban una tensa línea mientras marcaba una a una, con deliberada lentitud las cifras del número de teléfono de los apartamentos Blaine. El bar donde se hallaba tenía una sala de billares al fondo y una gramola automática cerca de la puerta. La gramola funcionaba y las bolas rodaban sobre el tapiz de los billares. Junto al mostrador, dos parroquianos discutían si había que vender a diez, que si a doce, que si no vender a ningún precio. En el extremo más próximo a la cabina telefónica, una rubia oxigenada emborrachaba a un marinero. Otra rubia, solitaria, encaramada en un escabel, se rascaba melancólicamente una pierna.

—Dos-uno-seis —dijo Storme—. Señorita Kirk.

Captó vagamente las notas de una canción de Lena Horne cuando la comunicación fue establecida. Superpuesta la pregunta de Annie:

—¿Diga?

Respiró hondo.

—Ha sido una locura, paloma. Usted está en las nubes, y no seré yo quien la apee de ellas, pero le convine saber que su aviso puede costarle a Buddy Pembroke el pellejo. No dramatizo ni invento nada al decirle que, o mucho me equivoco, o corre inminente peligro muerte. Juraría que ahora va a meterse en el peligro de cabeza.

La joven, que había intentado repetidamente interrumpirle con exclamaciones ahogadas, estalló al fin:

—¡Cállese! ¿Es usted el que vino antes, el del manual de psicología? ¿De qué me habla?

—Pembroke ha abandonado ya el hotel con rumbo desconocido. Acababa de marcharse cuando he llegado yo. Naturalmente, usted

le ha pasado el aviso oportuno.

—Se equivoca.

—¿Para qué mentir, nena? A mí me da igual.

—¡Digo que se equivoca! Buddy pensaba ya marcharse, usaba el hotel solo como refugio mientras ultimaba los preparativos, quería que yo me marchara con él. Le he dicho que narices. Su llamada cuando usted estaba presente ha sido su última tentativa. ¿Queda claro, amigo?

—¿Usted sabía que no le encontraría cuando me envió al hotel?

—¡Por supuesto que lo sabía!

—Lo siento de veras. ¿Adónde ha ido?

Annie rió.

—Venga a mi casa y quizá se lo diga. Traiga de paso una botella de *whisky*.

—¿Pero no comprende que esto no es un juego? ¿No teme que a Buddy pueden realmente matarle?

—¿Qué le importa a usted Buddy?

—Conforme —dijo Storme, desalentado—. Al diablo todo. He hecho cuanto estaba en mi mano. Usted será responsable de lo que ocurra. Hasta nunca, señorita Kirk.

—¡Eh, aguarde!

—¿Qué quiere ahora?

—Decirle la verdad: no sé adónde ha ido Buddy, no tengo la menor idea. —El tono de la muchacha había cambiado—. Le vi esta tarde y parecía loco. Reñimos. Le envié a paseo, cosa que hacía tiempo estaba deseando hacer. Se ha metido en un lío, allá se las componga. Pensaba marcharse de la ciudad. Pero no sé adónde iba, se lo digo y se lo repito. A pesar de todo, si quiere usted venir y traer esa botella...

—No, gracias. Procuro no tropezar dos veces con la misma piedra. Me ha tomado usted ya bastante el pelo.

—Reconozca que lo merecía. ¿Le espero? ¿Qué dice?

Storme cerró los ojos. Vio mentalmente un jersey color marfil y unos ajustados pantalones negros. Vio otras cosas que se le habían quedado grabadas. Pensó que la suerte, en el mundo, estaba a fin de cuentas repartida.

—Recuerde que me llamo Bruno Storme —articuló—. Encontrará mi teléfono en la guía. Le agradeceré que me llame si

recibe alguna noticia de Pembroke, buena o mala.

Cortó la comunicación.

Louis Prima cantaba a todo gas en la gramola automática. Rodaban las bolas en la sala de billares. El marinero sacaba arrugados manojos de billetes para pagar lo que había bebido. La rubia solitaria había cesado de rascarse la pierna.

Storme marcó el número del Departamento Central de Policía.

—Necesito hablar con el agente Christie o el capitán Staffa, de Homicidios. Si no están ahí, agradecería que me diera el número particular de uno u otro.

—¿Su nombre? —preguntó, con voz rutinaria.

—Bruno Storme.

—¿Es urgente?

—A medias.

—Dícteme su número y tenga la amabilidad de esperar.

Storme inspeccionó el sucio disco del aparato, descifró el número, colgó y esperó cargando la pipa. Acababa de encenderla cuando sonó la llamada.

—¿Señor Storme?

Era el capitán. Aunque no la había oído con frecuencia su voz resultaba inconfundible.

—Yo mismo.

—Christie me ha informado de su conversación con usted. ¿Ocurre algo?

—He descubierto que, hace seis meses, Monna Baker se relacionaba con un dibujante publicitario llamado Pembroke. No parecía un personaje importante, pero al ir a visitarle para que me hablase de la muchacha ha resultado que esta misma tarde se había ausentado precipitadamente, abandonando primero su domicilio sin más equipaje que una cartera de mano, trasladándose al Scotland Hotel, donde se ha inscrito con el nombre de Philip Jardine, y por último ha emprendido un viaje con rumbo que ignoro. He comprobado que su conducta constituye una sorpresa para cuantos le conocen, incluida la que hasta ahora ha sido su corazoncito, una modelo de la agencia GIPA. También, lo confieso, es una sorpresa para mí...

—¿Tiene más datos?

Storme recitó las señas del dibujante, el número y modelo de su

coche, el nombre y las señas de Annie.

—Ella no sabe nada —concluyó—, pero no me disgustaría que de todos modos le fastidiaran ustedes un poco la noche.

—¿Cuánto hace que ese hombre salió del hotel?

—Menos de una hora, quizá menos de media.

—Le encontraremos —afirmó el capitán—, lo mismo si viaja en su coche que si utiliza un transporte público. Daré inmediatamente la alarma general. Gracias, señor Storme. Puede ser una pieza clave del asunto.

—Hay otra pieza clave que me preocupa —dijo Storme, incisivamente.

—¿Y es?

—Ese montón de halagos y amabilidades que me dedican ustedes. Sé perfectamente que desde el desdichado caso Taylor me tiene usted, sobre todo usted, y no hablemos del teniente Briggs, atravesado en la garganta.

—¡Oh, comprendanos! —replicó Staffa, sarcástico—. A fuerza de saliva...

El marinero y su rubia se habían marchado. La gramola automática estaba, cosa rara, en silencio.

Storme abandonó la cabina telefónica, pidió en el bar un ron con seltz, lo apuró de un trago, pagó y se marchó.

Momentos después, sentado en el interior de su coche y chupando su pipa, desplegó el retrato de Annie, que se había llevado del piso de Buddy Pembroke. Permaneció largo rato contemplándolo, hasta que sacudió la cabeza y lo volvió a guardar.

Era notable cómo ciertas cosas se le quedaban grabadas a uno.

La siguiente llamada telefónica la efectuó desde el Tobacco Club, en el corazón del Barrio Francés. Fue una llamada al *New Orleans Tabloid*, durante la cual improvisó y dictó su crónica.

—¿Nada más? —preguntó el redactor jefe, defraudado, cuando terminó—. ¿Para eso he esperado tanto? Storme, siento decirte que es lo más insulso, soporífero e incoloro que el *Tabloid* haya publicado desde la fecha de su fundación. ¡Con Monna Baker misteriosamente asesinada! ¡Con el vudú, la magia negra y los hombres-leopardo en danza por los barrios antiguos! ¡Dios se apiade de mí!

—Se trata exactamente de que sea insulso, soporífero y, ¿cómo

dices?, incoloro. Vete a la cama tranquilo, Kennedy. Buenas noches.

—El ideal de un periodista es no irse a la cama tranquilo jamás —replicó Kennedy, antes de colgar él teléfono.

Storme se adentró en el local. A primera vista se notaba de su última visita por lo menos el doble de gente, mucha más animación, una atmósfera densa y electrizada. Monna Baker se había llevado todo aquélla, primero al rescindir su contrato, luego al morirse. Pasarían años antes de que surgiese en el Barrio Francés otra artista como ella.

—Avisé a Goldmeier que necesito hablarle —dijo al jefe de camareros—. Estaré en el bar.

Aguardó sorbiendo un ron con seltz, mirando a las parejas que bailaban en la pista. El jefe de camareros tardó en regresar casi diez minutos.

—Le espera en su despacho, señor Storme. Si me hace el favor...

—Conozco el camino. Está esto un poco desanimado, ¿no es así, Aimé?

—¡Qué le vamos a hacer!

Llevando el vaso de ron consigo, Storme bordeó la sala y se introdujo por la puerta que conducía a las dependencias. Encontró a Goldmeier arrellanado en una butaca de su despacho, con una botella de «scotch» a su alcance. El gerente del Tobacco era un judío apoplético, de aspecto adiposo e indolente, bebedor empedernido, pero dotado para el negocio del espectáculo de una mente aguda como un punzón.

—¿Viene usted a refocilarse en mi carroña, Storme? —preguntó—. Si le apetece un trago, sírvase. Hay vasos ahí detrás.

Storme, en respuesta, mostró su propio vaso de ron con seltz. Tomó asiento frente al judío y estudió sus brillantes y congestionados ojos. Se le antojó que Goldmeier había aquella noche soplado más que de costumbre.

—¿Qué le pasa? ¿Anda bajo de moral?

—Usted ha visto la sala, ¿no?

—La había visto siempre así.

—¡No me diga!

—Me refiero a antes de que usted contratara a Monna Baker. Un empresario de su experiencia debería basar sus cálculos en la regla general, no en las excepciones.

—Sí, ya lo sé —rezongó Goldmeier—. Pero ¡infiernos!, Monna no había hecho más que empezar, tenía tela para años. ¡Ese condenado paleta empapado en petróleo tuvo que intervenir! ¡Mire lo que ha ocurrido ahora! ¡Ni él ni yo!

—¿Usted cotiza? —preguntó Storme, en tono ocasional.

El judío entornó los párpados.

—¿Cómo?

—Me entiende perfectamente. Alguien está ordeñando el Barrio Francés con una técnica nueva. Sé lo que se oculta detrás del cuento de los hombres-leopardo.

—¿Por quién me ha tomado, Storme?

—¿Y bien?

—No diga tonterías. Nadie me ha exigido nunca que pagara un centavo. Nadie se hubiera atrevido. ¿De dónde ha sacado la idea?

Storme hizo un gesto vago.

—¿Cuánto ganaba aquí Monna Baker? Dígame la verdad.

—La verdad: doscientos pavos por actuación. ¿Acaso piensa usted. —Goldmeier había fruncido el entrecejo— que la mataron por dinero? ¿Con todos esos zarpazos y toda esa historia?

—Por dinero o por temor. El vudú la tenía entre sus garras y no quería permitir que escapase, bien por miedo de que hablara demasiado, bien porque ella se negara a continuar pagando. He venido, Goldmeier, a que me ayude a descubrir quién la mató.

—¿Yo?

—Usted puede indicarme con quién se relacionaba más íntimamente, en quién depositaba su confianza, a quién rehuía...

—¿Yo? ¿Por qué no va y se lo pregunta a Hutton? Iba a ser su marido, ¿no es así?

—Hutton vivía en la luna. Comenzaba por no saber que se casaba con una mujer que tenía en las venas sangre negra.

—Sí.

—Lo suponía. Sólo así se explica que cantase como cantaba. —Goldmeier suspiró—. Bueno, nunca he entendido por qué suele usted meter las narices en estos asuntos, Storme, pero le diré que Monna no se relacionaba íntimamente o no íntimamente con nadie, salvo con Hutton. Y si quiere saber a quién rehuía, me rehuía a mí. Habíamos sido buenos amigos, sin embargo.

—¿Cambió a lo largo del tiempo en que actuó aquí?

—Siempre fue reservada, pero luego se volvió cada vez más huraña y melancólica. ¿Piensa usted que estaba enamorada de Hutton? Pues no lo estaba, se lo garantizo. Hubo algo raro, una especie de abandono deliberado, en la manera como aceptó primero sus atenciones y después su proposición de matrimonio. Más raro todavía, Storme, porque a esa chiquilla no le interesaba el dinero. Siempre tuve la esperanza... ¡Bah! Ilusiones que uno se fabrica. Puede que quisiera verme para pedirme que fuese su padrino de boda o alguna tontería así.

Storme enderezó la cabeza.

—¿A qué se refiere? ¿Ella quería verle?

—Eso dijo.

—¿Cuándo?

—Me llamó ayer tarde. Quedamos citados para hoy, este mediodía, antes del almuerzo. ¿Qué importa ya, Storme? Es bonito imaginar que Monna se proponía a última hora despachar a Hutton y volver a cantar. —Goldmeier hizo una mueca y apuró el *whisky* de un trago—. Un consuelo tonto. La primera noticia que tuve de ella fue que había muerto asesinada.

—¿Insinuó algo en tal sentido?

—¡Oh, no! Son meras fantasías mías.

Storme, pensativo, sacó su pipa. La cargó y encendió con movimientos maquinales.

—¿Conoce usted a un tal Pembroke? ¿Buddy Pembroke, un joven dibujante publicitario?

—Sí, le conozco. ¿Adónde apunta usted?

—Hubo algo entre él y Monna.

—Pembroke es un excelente muchacho.

—No digo que no.

Goldmeier sostuvo unos momentos la mirada de Storme.

—¿Qué pasa? —preguntó al fin.

—Me hubiera gustado que él me hablase de Monna, pero está ausente de la ciudad. Quizá usted pueda hablarme de los dos.

—Le diré una cosa: ojalá Buddy y la chica se hubieran entendido. Fue una pena que ella le rechazara.

—¿Ella? Tenía entendido, precisamente, que estaba enamorada de él.

—También lo pensé yo, y lo pensó el propio Buddy. Supongo

que nos equivocamos, aunque...

—¿Qué?

—No sé, Monna era muy especial. Buddy se enfureció, aseguró que ella le quería y que si le había despachado era porque alguien la presionaba. Me acusó a mí. Vino incluso a decirme que me rompería la cara si insistía, a jurarme que no tenía intención de impedir que Monna continuara cantando. Que yo no tenía derecho a inmiscuirme en sus relaciones convenciendo a la chica de que debía sacrificarlo todo por cantar. ¡Cielos! Yo no había hecho nada de eso. Sabía perfectamente que su matrimonio no impediría que ella cantase. Me hubiera complacido de veras que se casara con Buddy.

—¿Pero alguien la presionaba?

—Fue lo que Buddy dijo. Los enamorados no se resignan a que su amada les despida, ni aunque les dé una explicación convincente. Y por cierto que Monna no la dio.

—Usted parece conocer a Pembroke bastante bien.

—Su padre, que murió hace tres años, fue algún tiempo socio mío. Sí, le conozco bastante bien.

—¿Conoció él a Monna a través de usted?

—Más o menos. Entonces venía por aquí con frecuencia.

—Mire, Goldmeier, si todo lo que usted dice es cierto, habré de admitir que yo estaba equivocado. Retiro mi afirmación de que a Monna la mataron porque intentaba escapar del vudú casándose con Hutton. He estado viendo el asunto del revés.

—¿Qué significa del revés?

—¡Fíjese en un detalle! Para impedir ese matrimonio bastaba con revelarles a Hutton que su novia tenía sangre negra y se exponía a que le nacieran hijos de color. ¡Un tipo como él se hubiera achicado enseguida! ¿Para qué amenazar e incluso asesinar a la muchacha?

—Sí —murmuró el judío.

—Ocurrió todo lo contrario. No son fantasías o ilusiones tuyas, Goldmeier, ni tampoco fueron hace medio año falsas presunciones de Buddy Pembroke. ¡Alguien gobernaba desde la sombra y con mano de hierro la conducta de Monna! Esa persona la obligó a renunciar a casarse con Pembroke, y más tarde a aceptar a Hutton y dar por terminada su vida artística. Cuando, en el último instante,

ella intentó echarse atrás, fue asesinada. Su propósito debía ser triple: romper con Hutton, denunciar a la persona en cuestión y renovar aquí su contrato.

Goldmeier gimió:

—Storme, no me diga que...

—¡Naturalmente que se lo digo! Monna poseía una vigorosa personalidad, clara y definida. El único acto de su vida que no cuadraba con su personalidad, que representaba una incongruencia inexplicable, era su proyectado matrimonio con Hutton. Pensé que se trataba de un intento de evasión, pero ahora veo que no. Resultaba incongruente porque no era un acto voluntario, sino impuesto por alguien que la quería casada con Hutton para aprovecharse de su fortuna.

—¿Quién es esa persona?

—Espero que usted me ayude a descubrirlo.

—¡Si lo supiera la mataría con mis propias manos! —exclamó el judío, apasionadamente—. Pero no lo sé, no tengo la más remota sospecha. Quizá Buddy nos diga...

—Buddy Pembroke ha huido.

—¡Cómo!

—Leyó en los periódicos de la tarde la noticia de la muerte de Monna, e inmediatamente escapó de su casa con el mínimo de equipaje, se refugió en un hotel adoptando un nombre falso y hace poco rato que ha emprendido un viaje sorpresa con rumbo desconocido.

Goldmeier se quedó mudo de asombro durante un instante.

—¡No puede ser!

—Se lo aseguro. Está buscándole la policía.

—¿El chico se ha vuelto loco? ¿Por qué ha hecho eso?

—Probablemente porque tenía miedo de morir como Monna.

—¡O sea, que él conoce la verdad! ¡Conoce al asesino de la muchacha y el asesino sabe que él le conoce! ¿Es así, Storme?

—Así, por lo menos, deseo que sea.

El judío se sirvió más *whisky*, ración doble esta vez.

—No lo comprendo. Buddy rompió con Monna hace seis meses y tonteaba ahora con otra muchacha. Dudo que la identidad de la persona a quien culpó de impedir su matrimonio le interesara aún.

—El nos lo explicará —replicó Storme. Se levantó y tendió la

mano a Goldmeier, quien, absorto en sus pensamientos, ni siquiera reparó en ello—. Confío en que la policía le encuentre pronto... y vivo. A propósito, una indicación acerca del lugar a donde puede haberse dirigido no nos vendría mal.

—No lo sé —dijo el judío, lastimeramente. Vio al fin la mano y la estrechó con la suya, húmeda y blanda—. Temo que el pobre muchacho haya perdido el juicio. ¿Le parece que en seis meses no habría olvidado, que seguiría amando en secreto a Monna? ¡Ah, Buddy, Buddy! ¿Conoce usted a la chica con quien andaba ahora liado? La trajo aquí un par de veces por si yo le encontraba algo, una manera de hacerse artista. Bonita, más que bonita, un volcán con forma de mujer. ¿Y qué forma? Pero el mundo está lleno de chicas bonitas. Monna Baker, en cambio, no ha habido más que una.

—Fue Geo Dupuy quien la descubrió, ¿no?

—¡No la descubrió! Dupuy no ve más allá de sus narices. Encontró en Monna un diamante y lo confundió con un trozo de vidrio. Monna se descubrió sola, ayudada por, mí.

—¿Qué piensa usted de él?

—¿De Dupuy?

—Sí.

—¿Qué quiere que piense? Apenas le conozco. No tiene talento, pero por dinero haría cualquier cosa. ¡Oiga! ¿No estará pensando que era él quien...?

—¿No?

—Imposible. Es una rata miserable. Monna se hubiera limitado a aplastarle con el pie.

—Cuando ella actuaba en su restaurante, ¿fue usted quien inició las gestiones para contratarla?

—Sí.

—Deje la vanidad aparte, Goldmeier. ¿Fue usted?

El empresario titubeó. Olfateó su *whisky*.

—Bueno, pues no fui yo. Ella misma me envió una nota invitándome a ir a escucharla. Empezaba a tener fama, sonaba su nombre, así que sentí curiosidad y me llegué a la choza de Dupuy. Aquella misma noche cerramos el trato.

Storme se despidió definitivamente con un ademán y abandonó el despacho. Se detuvo un momento en el bar para pagar y devolver

su vaso ya vacío. En la pista se desarrollaba la segunda vuelta del *show*. Músicos negros, cantantes y bailarines negros, camareros negros. ¡Por todas partes negros! Así era Nueva Orleans. Uno encontraba negros incluso debajo de una tez blanca como la de Monna Baker. Las dos razas se mezclaban y confundían, y, sin embargo, esto era sólo apariencia. Existía entre ambas una barrera que nadie conseguía nunca penetrar.

Una muchacha de piel color café con leche, ataviada con un bikini dorado, bailaba sobre el parche de un gran tambor colocado en medio de la pista. Storme bostezó, salió del local, montó en su coche y se marchó a casa.

Sam, su criado, le aguardaba leyendo el periódico de la noche.

—Un cierto capitán Staffa ha llamado por teléfono, señor. Dice que se ponga en contacto con él urgentemente, que está en su oficina y le espera.

—¿Ahora?

—Eso ha dicho, señor.

Storme llamó al Departamento Central.

—Tenemos a Pembroke —le anunció Staffa.

—¿Vivo?

—Por supuesto. Le ha detenido un patrullero camino de Baton Rouge. He pensado que, habiendo partido de usted la idea, le agradaría presenciar su interrogatorio.

—Ahí voy, gracias. —Storme colgó el aparato. Preguntó al criado—: ¿Ha llamado alguien más?

—Nadie, señor.

—¿Tampoco un tal Fisher?

—Tampoco, señor.

—Prepárame un café fuerte y acuéstate cuando quieras. No me esperes.

—Gracias, señor.

CAPÍTULO IX

Bertha, la doncella negra de Monna Baker, le había llamado «joven, alegre y presumido». Era joven y presumido, en efecto. Lo de alegre no estaba tan a la vista.

Ss encontraban presentes el capitán Staffa y el agente Christie, y Storme no pudo menos que pensar que la escena, en el despacho oficial del primero, tenía un extraño aire de conspiración de familia. Los dos policías cambiaban miradas de complicidad y se mostraban con él amables como tías solteras. Pembroke, entre ellos, parecía más impaciente que asustado Staffa había pedido café para todos.

—Dice que no tiene nada que declarar —anunció al llegar Storme—. Que salió a dar un paseo en coche antes de meterse en cama, cosa que hace muchas veces, que no ha estado en el Scotland Hotel, que los objetos de aseo los metió en su cartera por distracción, que no sabe que nadie haya forzado la puerta de su casa y que no imagina con qué motivo pudo nadie hacer eso. ¿Tenía usted, señor Storme, conocimiento de este último punto?

—Estuve allí y lo vi —asintió Storme.

Se sentó a fumar su pipa mirando a Pembroke atentamente. No era un muchacho desagradable, y a buen seguro que atraía a las mujeres, pero más que su físico favorecido resultaba interesante en él la expresión de inteligencia y humanidad de sus grandes ojos grises. Storme pensó que sin la presencia de los policías y sin un despacho oficial por escenario se habría entendido con Pembroke fácilmente.

—Aclaremos lo fundamental —dijo—. Me llamo Bruno Storme, y si intervengo en la investigación del asesinato de Monna Baker es únicamente de manera privada y por solicitud del capitán Staffa. Tres personas, señor Pembroke, me han hablado hoy de usted: la

doncella de Monna, su amiga Annie Kirk y el señor Goldmeier. De los tres he obtenido informes bastantes como para aconsejarle que sea sincero con nosotros.

—Eso, sincero —recalcó el capitán—. Le irán mejor las cosas, muchacho.

Pembroke no semejó oírle. Sostenía la mirada de Storme.

—¿Es usted el que escribe en los periódicos? —preguntó.

—Soy el que escribió la crónica del *New Orleans Tabloid* que le indujo a usted esta tarde a emprender la fuga.

El joven se mordió los labios.

—¿Cómo sabe...?

—¿Por qué no he de saberlo? Vayamos por partes, Pembroke. En el *night-club* de Goldmeier, antiguo amigo de su padre, conoció usted a Monna Baker, se enamoró de ella y llegó a creer con bastante fundamento que ella le correspondía. Súbitamente, Monna decidió romper sus relaciones. No había una razón clara, una causa justificada. Usted intuyó que alguien la había obligado a tomar aquella decisión, persuadiéndola o presionándola, y pensó que tal persona podía ser Goldmeier, temeroso de que Monna dejara de cantar. Tuvo con Goldmeier una explicación. La persona, si existía, no era él. Usted siguió haciendo averiguaciones, husmeando en la vida un tanto misteriosa de Monna, quien, mientras tanto, se comprometió en matrimonio con un millonario y dio a Goldmeier el disgusto de cancelar su contrato en el club. Poco después, ayer, murió asesinada. Pero usted ya sabía entonces quién era la persona que gobernaba sus actos, la que la había forzado a suspender su idilio y la forzaba ahora a casarse con Hutton. Conocía su secreto. Cuando leyó en el periódico la noticia del crimen, comprendió que aquel secreto era peligrosísimo. La persona en cuestión sabía cuanto sabía usted, y sabiendo tanto, no le permitiría seguir vivo. Por ello resolvió ocultarse, y, finalmente, huir de la ciudad.

El agente Christie, que desde que Storme comenzó a hablar había tomado rápidas notas, murmuró algo ininteligible, el inicio de una frase que Staffa acalló con un ademán.

Pembroke movía negativamente la cabeza.

—No. Va usted orientado en algunas cosas, pero se equivoca en casi todo.

—Muchacho —intervino el capitán—, el señor Storme sabe lo

que dice. Procura no meterte en un berenjenal ahora que es tiempo todavía de llevar la charla por buen camino.

El joven continuaba dedicando su atención únicamente a Storme.

—Yo no sé quién es la persona de que usted habla.

—¡Vamos! —volvió a intervenir Staffa, entre sarcástico y jovial—. Fuera temores, amiguito. Aquí nadie te hará daño, estás más seguro que en los sótanos de Fort Knox. Conecta el micro de una vez, que la emisión nos tiene a todos sobre ascuas.

Storme preguntó:

—Entonces, ¿qué es lo que sabe usted?

—El motivo de que mataran a Monna.

—También lo sé yo: la mataron porque a última hora resolvió oponerse a la voluntad de su explotador, denunciarle, no casarse con Hutton y volver a cantar en el Tobacco Club. ¿Eso justifica que usted haya emprendido la fuga?

Se oyó una exclamación ahogada de Christie. El capitán miraba a Storme enarcando una ceja.

—Fui yo —dijo Pembroke a media voz— quien la convenció de que lo hiciese.

—¡Oh, fue usted!

—Sí. Ella me lo había anunciado, pero no la creí. Me dijo que la matarían si no aceptaba su suerte. Uno nunca hace caso de estas cosas, se figura que es propio de las mujeres dramatizarlo todo. Bien, Monna no dramatizaba. La han asesinado.

—Continúo sin explicarme su fuga, Pembroke.

El joven se descargó un puñetazo en la palma de la mano.

—¡El canalla que la mató sabía que era yo quien la había persuadido! ¡Podía creer que yo estaba enterado de muchas cosas que en realidad ignoraba! Cuando leí la noticia me quedé helado. ¡Aquello había ocurrido por culpa mía! Necesitaba escapar, tomarme un respiro, serenarme, librarme del horror. Hice lo primero que me pasó por la mente. —Pembroke lanzó una rápida mirada al capitán—. Sí, es cierto, me marché a un hotel y me inscribí con nombre falso. Procuré reunir algún dinero, cogí el coche y salí de la ciudad camino de Baton Rouge.

—Un momento —dijo Storme—. Usted pretendía hacer todo eso: serenarse, tomarse un respiro, pero en compañía de Annie Kirk.

—Otros lo hubieran hecho en compañía de una botella. Annie es como una borrachera para mí. Suerte tuve de encontrarla después de que lo de Monna terminó...

—¿Eso ha sido Annie para usted? ¿Una borrachera?

Pembroke se encogió de hombros.

—Pregúnteselo a ella. Estaba harta, y no la culpo.

—Dice usted que procuró esta tarde reunir algún dinero. ¿Cómo? ¿Dónde? No fue en la GIPA.

—Se lo pedí a un amigo.

—¿Qué amigo?

—Roy Harland, que vive en el setenta y dos de Colter Street, en Boronia Hill. Me prestó cien dólares.

Staffa dijo a Christie:

—Verifica eso.

—Vamos a lo principal —sugirió Storme—. La persona que mató a Monna sabía que era usted quien la había persuadido. ¿Cómo y por qué?

—Me lo dijo ella. Dijo que al maldito sabía lo que yo intentaba conseguir, y que...

—¿Esa persona era un hombre?

—Sí.

—Mejor será que empiece por el principio. Según parece, usted no había roto del todo sus relaciones con Monna, o en todo caso las había reanudado. ¿Era así?

Pembroke examinó su taza de café y comprobó con patente disgusto que se hallaba vacía.

—Estuve varios meses sin verla. Luego, una noche, ya de madrugada, coincidimos en un *cabaret* del Vieux Carré. Yo me encontraba solo en el bar. Ella entró con unos amigos, gente rica, de esa que a última hora se mete en cualquier antro buscando nuevas sensaciones. Me vio. No me saludó, ni yo la saludé, pero más tarde se las ingenió para enviarme por un camarero una nota en la que decía simplemente: «Llámame mañana». Al marcharse me miró, y esto fue todo. Dudé mucho, pero al día siguiente la llamé. Quería hablarme. Ella misma propuso venir a mi casa, porque no convenía, dijo, que nos vieran en público juntos. Acudió aquella tarde y me contó que iba a casarse con uno de sus acompañantes de la noche anterior, Hutton, un tejano millonario. El compromiso no se había

anunciado aún y deseaba que yo fuese el primero en saberlo. Al casarse dejaría su vida artística.

—¿Por qué demonio le contó eso? —exclamó Staffa—. ¿Por ver la cara que ponía usted?

—Porque era leal y me amaba —dijo secamente Pembroke.

—¿Le amaba y se casaba con otro? ¡Vamos!

El joven se dirigió a Storme:

—¿Usted me comprende?

—Sí, le comprendo. Naturalmente, sabiendo que no se casaba con Hutton por su voluntad. Se creyó obligada a darle a usted una explicación, para que usted no pensara que lo que no había conseguido su amor lo conseguían unos pozos de petróleo. Pero al hacer esto, tuvo que revelar de manera más o menos clara, que, como usted había supuesto, alguien gobernaba a su antojo su vida.

—Así fue —asintió Pembroke—. Desde aquel momento me propuse luchar para recobrarla, intenté persuadirla, dije y repetí que estaba en su mano liberarse, que una palabra suya bastaría... Yo no podía concebir cuál era su exacta situación. Presentía que se hallaba dominada por un poder maligno, pero confieso que siempre juzgué exageradas sus afirmaciones de que moriría si se rebelaba y de que causaría mi ruina y mi muerte si se ligaba a mí. Una mente normal no admite las aberraciones. Me daba cuenta de que Monna vivía en un mundo espiritual distinto del mío, y, sin embargo, hasta que leí en el periódico los horribles detalles de su muerte, nunca comprendí en qué proporción era distinto. Naturalmente, mis esfuerzos fueron baldíos. Ella, sucesivamente, anunció su compromiso con Hutton, fijó la fecha de la boda y se despidió de su vida artística. El lunes, anteayer, hice un último intento... Supongo que la proximidad de su boda, la inminencia de su destino, serían ya para ella insoportables. Me dijo que «él» lo sabía todo, mis pretensiones, sus dudas, y que había amenazado con matarme a mí ante sus ojos para obligarla a someterse. Me eché a reír. Era absurdo, ridículo. Estábamos en un país libre y civilizado, no en un reino de brujas, terrores y asesinos. Le di dos días de plazo para deshacer todo lo que había hecho. No accedió, pero cuando nos separamos leí en sus ojos que la había convencido y que estaba dispuesta a afrontar cualquier cosa con tal de poner fin a aquella monstruosa situación. Antes de transcurridos los dos días, había

muerto asesinada.

Hubo un instante de silencio ál callar Pembroke.

—Ustedes, al parecer —dijo Storme, lentamente—, discutieron varias veces la extraña posición en que Monna se encontraba. ¿Es posible que ella no dejara nunca escapar la menor indicación acerca de la persona a quien estaba sometida?

—¡Nunca!

—¿Ni tampoco aludió a los lazos que la unían a aquella persona, a la naturaleza del poder que sobre ella ejercía?

—¡Jamás conseguí que me dijera sobre eso una palabra!

—¿Hablabas de su pasado?

—No.

—¿No hay modo de saber si el misterio procede de los años anteriores a su aparición como cantante, ni en qué época debemos localizar su origen?

—Si el modo existe, yo lo desconozco.

—Resulta difícil creerle a usted —dijo Storme, con aspereza—. Veamos, ¿mencionó Monna el vudú o los hombres-leopardo?

—No.

—¿Pues de qué demonio hablaban ustedes? ¡Por fuerza tuvo que mencionarlos al indicar que actuaba sometida a la voluntad de otra persona!

—No lo hizo. ¿¡Usted conocía a Monna, señor Storme!?

—No personalmente.

—Si la hubiera conocido sabría que cuando se lo proponía, era impenetrable como un arca de acero.

—Está bien. ¿Dijo ella que esa enigmática persona era un hombre? ¿Un hombre determinado? ¿No una mujer, ni un grupo, una secta o una sociedad?

—No lo dijo claramente, pero se entendía que era un hombre. Pronunció, estoy seguro, la palabra «él».

—¿Se entendía también que el hombre era un negro?

—¿Cómo quiere usted que se entendiera tal cosa? La palabra «él» no tiene color.

—Ni rostro, ni edad, ni tamaño —asintió Storme—. Pero usted sabía, sin duda, que Monna no era totalmente de raza blanca. Su abuela era negra. Su madre, una mulata que regentaba una lavandería en Chauvette Street.

—Jamás he tenido prejuicios raciales. La ascendencia familiar de Monna no me interesaba en absoluto. Creía, sin embargo, que ella no era de aquí, de Nueva Orleans. Que había venido de fuera. No parecía haber conocido a nadie antes de comenzar a cantar.

—Estuvo unos años ausente. —Storme se puso en pie y se aproximó al escritorio del capitán para vaciar la cazoleta de su pipa en un cenicero—. No le comprendo a usted, Pembroke —añadió, volviéndose para mirar de nuevo al joven—. Su historia es absurda, desquiciada, fantástica... Discusiones con Monna Baker sobre si ella debía o no obedecer a la persona que la dominaba, mucha confianza, mucha intimidad, y en cambio, ignorancia absoluta sobre aquella persona y sobre el origen y la índole de su poder. Una vaga referencia a que «él» estaba enterado «de todo», una supuesta amenaza de matarle a usted ante los ojos de Monna... ¡Canastos! ¿Sólo por eso pidió cien dólares a un amigo y salió escapado hacia Baton Rouge, después de pretender vanamente que Annie Kirk le acompañase? ¿No era usted el valiente que aseguraba a Monna que nada había de temer si se rebelaba?

—Me defrauda usted, señor Storme —dijo Pembroke, con desaliento.

—¡Diantre, todo tiene sus límites! Pregúntele al capitán qué efecto le ha causado su historia.

Staffa carraspeó.

—No necesito preguntárselo —replicó el joven—. Todo era, como usted dice, absurdo y desquiciado tratándose de Monna. Quizá la explicación de mi conducta sea que nunca llegué a creer del todo en su desesperación y sus temores, del mismo modo que ustedes no me creen ahora a mí.

El agente Christie salió por primera vez de su atento y deferente mutismo para declarar:

—Yo sí le creo. —El capitán le miró con sorpresa—. A fin de cuentas, alguien ha forzado la cerradura de la puerta para penetrar en su casa, evidentemente con malas intenciones. Parece un hecho cierto que usted corre peligro. Su error ha sido emprender la fuga en lugar de confiarse a nuestra custodia.

Staffa fue a hablar, pero continuaba mirando al agente y algo que debió leer en su rostro le indujo a mudar de opinión y permanecer en silencio, acentuada aún su expresión de sorpresa.

—Gracias —murmuró Pembroke.

La ridícula sensación de encontrarse en el seno de una conspiración familiar acometió de nuevo a Storme.

—¿Y bien, capitán? —inquirió.

Staffa titubeó, embarazado. Por fin, dijo:

—Es el agente Christie quien tiene a su cargo este asunto. El dirá lo que debemos hacer.

—Yo mantendría al señor Pembroke bajo protección —declaró enseguida el aludido—. A no ser, claro, que él la rechace expresamente.

—¿Eso ayudará a resolver el asesinato de Monna Baker? —preguntó Storme.

—No lo sé. Pero puede evitar que se cometa otro. ¿No es usted de mi opinión?

Storme escrutaba el rostro nervioso de Pembroke. Se encogió de hombros.

—¿Quién pudo forzar la puerta de su casa? Piense en ello, Pembroke. El intruso no era un profesional sino un aficionado cuyas torpes maniobras debieron de producir el ruido suficiente para que resulte descabellado suponer que pretendía sorprenderle a usted y matarle. Y si no era esto lo que pretendía, ¿qué buscaba allí?

El joven sacudía perplejo la cabeza.

—No alcanzo a imaginarlo.

—¿No forzaría la puerta usted mismo?

—¿Yo?

—¡Usted, sí! Ayer, o en fecha reciente, pues los arañazos no eran antiguos, ¿no olvidó usted la llave, y para evitarse perder tiempo avisando al cerrajero, forzó la puerta? La cerradura es antigua y simple. ¿Lo hizo o no?

—Bueno, eso sí. He tenido que hacerlo varias veces, sobre todo al regresar de noche. No soy muy cuidadoso con la llave, y me ocurre que...

—¡Pero la cerradura estaba estropeada y la puerta abierta! —protestó Christie.

—No fui yo, entonces —concluyó el joven, desconcertado—. La cerré al marcharme, y funcionaba, estoy seguro. Por otra parte, si no es a altas horas de la noche, no hay problema. La portera, que me hace la limpieza, tiene una llave de repuesto.

Storme sonrió, a pesar suyo. Los primeros arañazos, los que él vio al llegar a la casa, era el propio Pembroke quien los había hecho. La cerradura estropeada era obra suya, naturalmente, pero ¿cómo confesar que sin apenas motivo había cometido un delito de allanamiento de morada? ¿Tenía que declarar tal cosa a los policías y apechugar con las consecuencias?

Divertido, oyó decir al capitán:

—El hecho subsiste, señor Storme. Puede que fuera arriesgado dejar al muchacho sin protección.

—No he dicho que se le deje sin protección. Mi deseo era únicamente aclarar un punto dudoso. —Miró largamente a Pembroke y suspiró—. En fin, tanto revuelo para nada. Espero que tengamos más suerte en adelante. ¿Puedo hacerle una nueva sugerencia, capitán?

—¡Cómo no! —exclamó Staffa, amablemente.

—Monna Baker ganaba doscientos dólares por actuación en el Tobacco Club. Convendría averiguar si su cuenta o cuentas bancarias son proporcionales a tales ingresos, si retiraba periódicamente cantidades. Caso de que las retirase, sería definitivo descubrir a qué manos iban a parar. Dudo que sea posible descubrirlo, pero...

—Verifica eso —ordenó el capitán a Christie.

Y Storme se despidió y se marchó.

CAPÍTULO X

Bruno Storme había visto amanecer el día muchas veces sobre los barrios negros de Nueva Orleans. La luz del alba teñía los harapos de niebla que se elevaban del Misisipi y se complacía en jugar a fantasmas con ellos. El cielo tenía un color de pesadilla. La calma y el silencio reinaban por unas horas, muy pocas, en aquel hormiguero humano.

Al hombre a quien buscaba era entonces cuando mayores probabilidades tenía de encontrarle. Dejando el coche en Congo Square, Storme se sumió en el laberinto de callejuelas, seguro de su camino, sin una vacilación. Anduvo durante diez minutos, en zigzag, y cuando se detuvo estaba en un esquina donde la presencia de un hombre blanco era menos común que en el corazón de las selvas del Zambeze africano. A pocos metros había una vetusta puerta de madera con una mirilla, enrejada. Aproximándose a ella, Storme descargó bajo la mirilla tres golpes rápidos, uno espaciado y tres más rápidos.

Transcurrido algún tiempo, sin que ningún rumor lo anunciase, la mirilla se abrió y un potente haz de luz rasgó la penumbra del amanecer y le dio a Storme de lleno en el rostro. Sonó un gruñido. Volvió a cerrarse la mirilla, chirrió un cerrojo y la vieja puerta giró sobre sus goznes.

Al otro lado había un pasillo de suelo de tierra y paredes de adobe desnudo. Mantenía abierta la puerta un negro cadavérico, cargado de espaldas, vestido miserablemente, en cuya cara sembrada de mechones de barba gris, se dibujaba una ávida sonrisa. Sin decir una sola palabra, volvió a cerrar la puerta cuando Storme hubo entrado.

Éste avanzó por el pasillo, dobló un recodo y apartó una

mugrienta cortina de paja trenzada. Flotaba en el aire un hedor nauseabundo, como de guarida de fieras, mezclado con volutas de un humo acre que producía en la pituitaria una extraña sensación. El humo salió en densos remolinos por la puerta que apareció al correr Storme la cortina.

Alguien cantaba en voz naja, susurrando una melodía melancólica, casi un lamento, y de vez en cuando un tímido acorde rasgueado en un banjo acompañaba la voz. Storme permaneció un momento en la puerta. La amplia estancia que veía no tenía un solo mueble, a no ser que se considerasen tales las esteras esparcidas por el suelo, y toda su iluminación procedía de una claraboya en el techo por la que entraban los fulgores espectrales del alba. Había allí veinticinco o treinta negros, la mayoría dormidos, algunos fumando en largas y delgadas pipas de diminuta cazoleta. Uno de ellos, sentado contra la pared del fondo y balanceándose rítmicamente adelante y atrás, sumido en una especie de trance, era quien canturreaba con un banjo apoyado en las rodillas.

El negro de barba gris, que había apagado su linterna y seguido a Storme, preguntó en un murmullo:

—¿Qué le sirvo hoy?

—Nada. Busco a Fatty.

El dedo índice del negro trazó un arco en el aire y se inmovilizó señalando el bulto de un cuerpo apelotonado en una estera.

—Está allí.

Storme avanzó hacia el cuerpo y se agachó junto a él. El hombre roncaba. Le sacudió por un hombro.

—Fatty... Fatty, despierta. Tengo que hablar contigo.

Dos ojos brillaron en la oscuridad.

—¿Storme?

—¿Te sientes capaz de salir de aquí? Tengo que hablarte.

—Storme, estaba soñando. Por favor...

La súplica era un lloriqueo aflautado.

—Vamos, Fatty.

Gimiendo y mascullando lamentaciones, el hombre acostado se levantó trabajosamente. Tenía el cuerpo casi esférico, los bracitos débiles, las piernas cortas, la cabeza demasiado pequeña. Su aspecto era, aproximadamente, el de una naranja con un aceituna encima y sustentada sobre dos rodajas de banana. Cuando andaba semejaba

rodar.

Storme le empujó suavemente hacia la puerta, evitando pisar los cuerpos tendidos por doquier. El negro de la linterna aguardaba en el pasillo.

—Gracias, Absalón.

—Ya sabe.

Fue abierta la puerta exterior. Storme se encontró en la calle con su compañero, que gemía aún como un niño perdido. La luz permitía ver ahora que era un mulato de corta estatura, increíblemente obeso, con una cara mofletuda en la que los ojillos se abrían apenas, a manera de ojales. Vestía un traje excelente, de color azul noche, que se le había arrugado durante el sueño. Pañuelo de seda en el bolsillo, corbata de seda, camisa de seda, y brillantes zapatos de charol. Al hedor del antro que acababa de abandonar, y que arrastraba consigo, se sumaba el perfume del agua de colonia.

Storme dijo:

—Daremos un paseo, Fatty, para que se te despeje la cabeza.

Condujo al gordo calle abajo, en línea recta, y luego por una travesía a la izquierda. Caminaron sin prisa durante cerca de media hora, dejando lo más denso del barrio atrás, y estaban en un bulevar, solitario, donde no mucho tiempo antes habían refulgido los rótulos luminosos de bares, *dancings* y *cabarets*, cuando Fatty declaró:

—Me siento bien. Una botella de agua mineral fresca terminaría de ponerme como nuevo.

Su voz continuaba siendo aguda como la de un niño.

—Algún día no te podrá como nuevo nada —replicó Storme—. Sabes que te estás matando, ¿no es así, Fatty? ¿O necesitas que yo te lo diga una vez más?

—¿Por qué no? Escucharte es divertido siempre.

Había un bar abierto doscientos metros más adelante. Fatty consumió su botella de agua, y Storme un ron con seltz, entre noctámbulos retrasados y obreros madrugadores. Los ojillos del gordo se abrieron todavía unos milímetros. Cuando salieron del bar soltaba, satisfecho, pequeños eructos.

Toda su satisfacción se desvaneció al pronunciar Storme las primeras palabras:

—Fatty, ¿quién es el Gran Leopardo?

Murmuró ahogadamente:

—¡No, por Dios, Bruno!

Miraba en torno como un animal acosado.

—¿Qué te pasa? ¿De qué tienes miedo? Morir no te preocupa: hace años que estás harto de tu media vida sin objeto. ¿O se trataba de vana palabrería para presumir de *snoob*?

—Tú sabes que no.

—En efecto, yo lo sé. ¿Entonces?

—Soy un maldito cobarde, Bruno. —La voz aflautada del mulato tembló—: A mí no me matarían. Me torturarían hasta el límite de mis fuerzas, y luego me dejarían vivo. Yo no aguanto el dolor, como no aguanto el frío, ni la incomodidad, ni la pobreza. Soy solamente un cobarde.

Storme dijo fríamente:

—Eres el único hombre en el mundo a quien puedo pedir algo seguro de que no me lo negará.

Fatty anduvo cabizbajo y en silencio.

—No te lo negaré —dijo al fin—. Pero no sé quién es el Gran Leopardo...

—Mientes.

—¡Te lo juro!

—Mientes, Fatty.

—¡Oh, Dios! —gimió el gordo—. ¿Por qué has venido a despertarme? ¡Es una crueldad sin perdón, Bruno! Tenía cuanto un hombre ambiciona: paz, calor, belleza, talento, éxito, amor... ¡Todo lo que no tengo sino allí! Y me has despertado para enfrentarme con esto...

—Esto es la vida.

—¡Detesto la vida! —Katty— repitió Storme, can deliberación.
—¿Quién es el Gran Leopardo?

Fatty resollaba.

—No lo sé.

—Está bien. Adiós, Fatty.

—¡Espera!

Una mano gordezuela se aferraba a la manga de la chaqueta de Storme.

—¿Lo dirás?

—Te diré lo que sé. Per: sentémonos en alguna parte, estoy rendido.

—No. Caminando hay menor riesgo de que nos oigan quienes no deben oírnos. Tómallo con calma.

Los dos hombres se dirigieron lentamente hacia Canal Street. Después de haber reflexionado, Fatty preguntó:

—Bruno, ¿tú conoces la profecía del Gran Leopardo?

—Sí.

—Es una antigua creencia traída de África, según la cual un día el hijo de un leopardo vendrá al mundo entre los hombres de raza negra para rescatarlos del yugo de sus opresores. Los hombres-leopardo, reencarnación de los héroes desaparecidos, le obedecerán reconociéndole como su señor, y él conducirá a los negros a la redención y a la victoria. Trasplantada a América en los últimos tiempos de la esclavitud, la profecía ha tenido siempre muchos adeptos, que no disminuyeron, sino al contrario, después de la abolición, sobre todo en las regiones del Sur, donde las gentes de color viven más pobremente y la segregación es más intensa. Naturalmente, desde hace un siglo, varios personajes, agitadores políticos en su mayoría, han pretendido hacerse pasar por el anunciado Gran Leopardo, pero sus pretensiones carecían de fundamentos y todos han fracasado hasta hoy.

—Hasta hoy —recalcó Storme, pensativo.

—¡Sí! Treinta años atrás, sin embargo, se produjo un hecho curioso. Una muchacha de dudosa reputación que vivía con su madre en un arrabal de La Roche, tuvo un hijo de padre ignorado, y a los pocos días entró por la ventana de su casa un leopardo y se llevó al niño en sus fauces. El pequeño fue rescatado con vida. El leopardo, que no era tal leopardo, sino un jaguar escapado de un circo ambulante, fue perseguido y muerto a tiros ante la imposibilidad de volverlo a capturar. El suceso causó entre los negros enorme impresión. Inmediatamente se dijo que el ansiado hijo del leopardo había venido por fin al mundo y que su propio padre, acudiendo a reclamar la paternidad, había muerto por él en testimonio de ser cierta la profecía. Tú verás, Bruno, que las circunstancias eran singularmente propicias para que dicha profecía se diera por consumada.

—Lo veo —asintió Storme—. Eso ocurrió hace treinta años... y

en La Roche, precisamente.

—¿Por qué precisamente?

—No importa. Sigue.

—¡Bien! Después de aquello, personas interesadas ocultaron al niño y lo criaron en secreto. Su vida era preciosa, significaba en el futuro una palanca de eficacia incomparable para mover las masas negras del país. Ello sin contar con que algunos debían de ver sinceramente en él al deseado Gran Leopardo. Su rastro se borró. Su madre desapareció de La Roche y probablemente rehízo su vida con nombre falso y ayudada por generosos protectores. El niño es probable que se fuera con ella, es posible que continuara en el lugar. No hay modo de saberlo. Vivió confundido con los demás, es espera de que sonara la hora, del cumplimiento de su misión. El suceso del jaguar quedó olvidado en apariencia, pero no ha habido en esos treinta años un solo negro que no supiera que el Gran Leopardo se hallaba ya entre nosotros y tarde o temprano se realizaría su destino.

—¿Cómo se daría, entonces, a conocer? Borrar su rastro fue una excelente idea, Fatty, pero ¿y si un oportunista cualquiera se proclamaba a sí mismo Gran Leopardo? ¿De qué modo se demostraría que —no era sino un impostor?

—Por las marcas.

—¿Qué marcas?

—El niño no salió ileso de la aventura del jaguar. La fiera le produjo con sus garras una herida en el pecho dé la que, al parecer, quedaron cicatrices inconfundibles. Son la señal que distingue al Gran Leopardo del resto de los hombres.

—Entiendo —dijo Storme.

Un camión-cisterna descendía por Canal Street regando a su paso la calzada. El sol, que comenzaba a elevarse sobre el horizonte urbano, reverberaba en el asfalto húmedo.

—¿Quieres saber más? —preguntó Fatty, cansadamente.

—El final de la historia.

—Apuesto a que lo conoces tan bien como yo. La profecía del Gran Leopardo, como la creencia en los hombres-leopardo, sus siervos, son desde hace mucho tiempo inseparables de los ritos vudú. Recientemente, los hechiceros del Vieux Carré comenzaron a batir febrilmente el parche de sus tambores de ceremonia

anunciando la inminente llegada del redentor, y ésta se produjo al fin en un clima de paroxismo. El Gran Leopardo está entre nosotros, su misión ha comenzado a cumplirse. ¡Oh! Pero esto no es la selva. Bruno. Lo primero que el cumplimiento de una misión exige es dinero, lo segundo dinero, lo tercero dinero... Muchos pagan voluntariamente y poseídos del mayor entusiasmo. Otros, sin entusiasmo. Otros, por temor. Otros, porque han probado el filo de las garras de los hombres-leopardo. Los más recalcitrantes fueron eliminados al iniciarse la campaña. ¿Cuántas personas te parece que han muerto en los barrios negros sin que una sola boca se atreviera a abrirse para denunciarlo a la policía?

—No lo sé, Fatty.

—Pon cincuenta.

—No me sorprende. Pero ¿y el Gran Leopardo?

—Está aquí.

—¿Qué significa «está aquí»? ¿Dónde? ¿Quién es? ¿Cuándo se le ve? ¿Qué es lo que hace?

Fatty sacudió su cabeza de aceituna.

—Se ha mostrado en público muy raras veces, y nadie le ha visto el rostro, que lleva enmascarado con una cabeza de leopardo. En el mejor estilo negro, ¿comprendes, Bruno? Pero sí exhibe en su pecho las famosas marcas, y es suficiente.

—¿Sus apariciones se han producido en el curso de otras tantas ceremonias vudú?

—¡Oh, por supuesto! En pleno éxtasis colectivo, en plena borrachera de sangre.

Storme alzó la mirada al cielo azul.

—¿Es un negro?

—Naturalmente que es un negro —dijo Fatty, sorprendido.

—¿Por qué lo consideras natural? Su madre acaso fuera negra, pero ¿quién fue su padre? Ese hombre puede ser un mulato, o un cuarterón, o incluso un negro de piel blanca. Lo que importa de él son las cicatrices: el color de la piel, si necesariamente ha de ser negro, se improvisa con tintura, quizá únicamente para representar en público el papel de Gran Leopardo.

—Bueno, nadie ha dicho que no sea negro.

—¿Tú le has visto?

—No.

—Dime la verdad, Fatty.

—Es la verdad. Si yo fuera un adepto del vudú, Bruno, jamás antepondría mi lealtad a ti a la lealtad al culto. —El gordo emitió una amargada y aflautada risita—: La magia negra para nada me sirve.

—¿Cuánto pagas?

—¿En beneficio del Gran Leopardo?

—Sí. Y no niegues que pagas.

Fatty suspiró.

—Pago lo que me exigen. La, suma no te importa.

—¿Quién te lo cobra y de qué modo?

—Llaman por teléfono la víspera y me comunican la contraseña. Nunca viene a cobrar el mismo hombre. Dice la contraseña, yo le doy el dinero, y no nos volvemos a ver.

—Ése podría ser el camino...

—No, Bruno. Tropezarías con una muralla. No existen caminos para que un hombre blanco penetre en el terreno prohibido del vudú. Lo sabes de sobra.

—Sí, lo sé.

Fatty repitió su risa forzada.

—Es curioso que te intereses por esas cosas. ¿Te digo le que pensar en ellas me produce a mí?

—Lo supongo.

—¡Náuseas!

Storme sacó su pipa del bolsillo y la examinó frunciendo el entrecejo.

—Uno tiene a veces que vencer las náuseas, Fatty. Puede que a consecuencia de la venida del Gran Leopardo hayan muerto cincuenta personas sin que se entere la policía, pero del asesinato de la cincuenta y una sí se ha enterado. El martes por la noche, los hombres-leopardo destrozaron a una deliciosa criatura llamada Monna Baker.

—¡Oh! Ya veo... Buena amiga tuya, ¿no es eso?

—¿De dónde has sacado eso?

—¿De dónde suele sacarlo uno?

—Jamás crucé con Monna Baker una sola palabra, entérate.

Fatty hizo un gesto vago con su pequeña y delicada mano.

—Bueno, yo tenía otra idea. ¿Algo más, Bruno?

—Es suficiente —dijo Storme, sombrío.

—¿Me harás creer que no sabías ya lo que te he contado?

—No todo.

—¿Qué te pasa?

—Estoy pensando... ¿A qué distancia está La Roche? ¿Cincuenta millas?

—Aproximadamente.

—He pasado la noche en pie y me dormiré al volante, pero necesito ir. Quizá te equivoques, Fatty.

—¿En qué? ¿En lo del niño raptado por el jaguar? Es posible...

—No me refería a eso. Quizá exista un camino para penetrar en el terreno prohibido del vudú, y si existe lo encontraré en La Roche.

Ambos hombres caminaron unos pasos en silencio.

—¿Por qué dices que no conocías a esa muchacha? —preguntó Fatty—. Andas detrás del Gran Leopardo por ella, ¿verdad, Bruno?

—Sí.

—¿Y dices que no la conocías?

Storme procedió a cargar su pipa sin responder.

CAPÍTULO XI

El panadero dijo:

—La vieja murió.

—Ya sé que murió —replicó Storme, pacientemente—. ¿No me ha comprendido todavía? Es usted el único comerciante blanco establecido en este barrio, la única persona a quien puedo dirigirme sin que me conteste con evasivas. Ya conoce usted a los negros. Siempre parecen cerner que uno se disponga a azotarles cuando les hace la pregunta más inocente.

—Quizá sus temores sean fundados.

—No lo niego, pero ésta no es ahora la cuestión.

El panadero se pasó el dorso de la mano por la boca. Se llamaba Patropoulos, según podía leerse en la muestra de su establecimiento, y su fuerte acento griego no contribuía a aumentar la escasa amabilidad de sus palabras, del mismo modo que su aspecto ceñudo y anguloso no prestaba la menor gentileza a su hosca actitud.

—¿Usted quiere saber lo que fue de la chica? —preguntó.

—No. Quiero saber cómo vivían, qué hacían, y, sobre codo, si en sus vidas intervenía algún hombre.

—Un hombre, ¿eh?

—¿Tenía Mamá Benny un hijo?

—Nada de hijos. Estaba sola. Decían que fue en su juventud una gran bailarina. ¡Figúrese! Gorda como un tonel...

—Una gran cantante.

—¡Ah! ¿Cantante?

Storme cerró los ojos.

—El hombre debía tener entre veinticinco y treinta años —dijo, procurando dominar su cólera—. Ignoro si era negro, mulato o

blanco, pero de todos modos llevaba en las venas sangre negra. Había de relacionarse con Mamá Benny o con la muchacha. Puede que fuera su novio.

—No era una chica de novios, ni de amigos. No salía más que para sus compras. Se llamaba Mary y tenía la piel tan blanca como usted o como yo.

—Mary Baker Jones —asintió Storme. Éste había sido el verdadero nombre de Monna Baker—. Pero ¿y el hombre?

Una negra alta y esbelta, que llevaba de la mano a una niña, entró en la panadería. El panadero la miró titubeando, y por fin llamó:

—¡Sara!

De la trastienda salió otra negra, obesa y de edad madura, restregándose las manos en un delantal.

—Atiende —le ordenó Patropoulos, indicando la cliente con un movimiento de cabeza—. Yo estoy ocupado con este señor.

Storme intuyó que era su esposa, y probablemente la razón principal de que se hubiera establecido en aquel barrio poblado por gentes de color. No había sido tarea fácil dar con el antiguo domicilio de Mamá Benny en La Roche, donde Monna aprendiera a cantar. Después de preguntar en vano, hubo de obtener el dato en las oficinas municipales de estadística. Las señas correspondían a un arrabal pobre donde los negros se apiñaban en antiguas y humildes viviendas, con su característica dejadez, y donde la vida fluía de una manera primitiva; colorística, a veces miserable, a veces alegre. En la casa donde murió Mamá Benny habitaba ahora un cobrador de autobús con su numerosa familia.

—¿Y el hombre? ¿Qué me dice del hombre?

El panadero alzó sus rollizos hombros.

—No recuerdo a ningún hombre. La chica venía aquí sola, y yo no la veía sino cuando venía aquí. La vieja enfermó. No sé, sin la chica, lo que hubiera sido de ella.

—¿Recordaría al hombre su esposa?

—No mezcle a mi esposa en esto.

Storme contó hasta diez para no estallar.

—Indíqueme, por lo menos, quién me informará... Mamá Benny ha sido una artista famosa en todo el país. ¿Vive por aquí algún músico, algún aficionado, alguien que se muestre accesible si acudo

a él?

—¡Músicos! —exclamó el panadero, desdeñosamente.

—¿Y bien?

—¡Músicos y gente así! Por aquí no hay más que escoria, amigo. Va usted mal orientado.

Storme pensó con exasperación que sí, que iba mal orientado, que no le quedaba otro remedio que retirarse y dar por perdida la partida. Una idea repentina le detuvo.

—Mamá Benny estaba enferma —dijo—. ¿Conoce usted, por casualidad, al médico que la visitaba?

—El doctor Anderson —respondió Patropoulos rápidamente.

—¿Vive en esta vecindad?

—Vivir, no.

—¿Dónde le encontraré?

—Hay un dispensario en la segunda travesía calle arriba. Allí. Es el doctor Anderson quien lo regenta. Pregunte...

La última esperanza.

—Gracias.

Una veintena de chiquillos harapientos había organizado frente a la panadería un partido de *baseball*. Storme esquivó la acometida de uno de ellos al pasar entre segunda y la tercera base, escupió el polvo y anduvo buen paso calle arriba.

El edificio, en la segunda travesía, era nuevo, reluciente, y contrastaba con las sucias casas de pisos como un diamante engarzado entre guijarros. Unas letras de bronce fijadas en la fachada anunciaban: «Misión Evangelista-Dispensario público». Dentro eran todo cristales, plástico y aluminio. Una enfermera de color sonreía desde el escritorio de recepción.

—Deseo hablar con el doctor Anderson. Es un asunto privado. Me llamo Storme y he venido expresamente desde Nueva Orleans.

La enfermera no preguntó nada. Se limitó a conectar un interfono y repetir lo que había oído.

—Puede pasar —respondió una voz indiferente a través del aparato.

—Tiene usted suerte —comentó la joven—. El doctor ha terminado hace un momento la visita. Estará a punto de marcharse. Siga por el pasillo, verá la placa en puerta.

Storme anduvo por el pasillo hasta ver la placa, golpeó la puerta

con los nudillos, la abrió y entró. El despacho era pequeño. Su decoración, utilitaria y un tanto fría. La figura del médico, con bata blanca, se erguía junto a la mesa, un documento en una mano, las gafas en la otra.

—¿El doctor Anderson?

—Yo mismo.

Storme no había previsto hallarse ante un hombre de color, y, sin embargo, comprendía ahora que nada había en ello de sorprendente. Anderson era un negro alto y gallardo, joven, treinta años a lo sumo, de apariencia serena e inteligente y voz grave, tranquila y educada.

—Me llamo Bruno Storme, he venido de Nueva Orleans. Desearía su ayuda, doctor, y no en el terreno facultativo.

El médico dejó el documento sobre la mesa y se caló las gafas.

—¿Dice usted Bruno, Bruno Storme? Creo haber visto su firma en el *New Orleans Tabloid*.

—En efecto.

—Siéntese, por favor. —Anderson pasó a ocupar su butaca detrás del escritorio—. Confieso que su visita es para mí una completa sorpresa.

Storme se sentó y le miró a la cara. Un hombre de color. Un médico, director de un dispensario benéfico, sin duda un espíritu cultivado, pero de color. ¿También ante él se alzaría la impenetrable barrera? La Roche no era Nueva Orleans. ¿Llegaría hasta el interior de aquel aséptico y moderno despacho la siniestra sombra del Gran Leopardo?

—Usted sabe probablemente que en Nueva Orleans ha muerto asesinada la cantante Monna Baker. Ignoro si lo publican los periódicos de esta mañana, porque no los he leído, pero su verdadero nombre era Mary Baker Jones.

—Creo recordar... —El doctor se interrumpió—. ¿Mary Baker Jones? ¿Mary Jones?

—Un nombre corriente.

—Vivió en este barrio una muchacha extremadamente bonita que se llamaba así. Su presencia, señor Storme, ¿significa que se trata de la misma persona?

—Si la muchacha vivía con Mamá Benny, sí.

—Cierto, vivía con ella. Era algo así como su pupila. ¡Oh, ya

comprendo! Una cantante. Debía de ser en realidad una discípula de Mamá Benny. —Anderson sonrió—. Aunque la pobre mujer tenía de maestra bien poco.

—¿No conocía usted la naturaleza de sus relaciones?

—Nunca sentí la curiosidad de averiguarlo. Mary cuidaba de la anciana con mucho cariño, y, sobre todo, con ejemplar caridad. Y cresa que Mamá Benny, con su cáncer, no era una enferma cómoda. Fue una pena que una artista tan extraordinaria muriera como murió, en la más oscura miseria, pero uno ve estas cosas a cada paso... ¿Desea usted alguna información concreta, señor Storme?

Una amable sonrisa descubría en el rostro negro la doble hilera blanquísima de sus dientes.

—Sí, pero no sobre Mamá Benny ni sobre Mary Jones. Sobre un hombre, doctor.

—Un hombre —repitió Anderson, pensativo—. Realmente, si se trata de algún aspecto de su vida privada, no veo cómo yo...

—Si, lo sé, pero es usted la única persona a quien puedo dirigirme.

—Mamá Benny tenía en el barrio numerosos amigos.

—A pesar de ello, es usted la única persona.

El médico entornó los párpados.

—Creo comprender. Desconfían de sus preguntas.

Storme guardó un momento de silencio. Luego, dijo:

—Usted está capacitado para comprender muchas cosas, doctor. Sepa, ante todo, que cuando murió Mamá Benny, su discípula Mary Jones marchó a Nueva Orleans, adoptó el nombre artístico de Monna Baker y realizó en poco tiempo lo que hasta entonces parecía haber sido su ideal: cantar y triunfar en el Barrio Francés. Hace de ello un año. Durante este tiempo, en medio de su éxito, la muchacha vivió sometida a la voluntad de alguien que ejercía sobre ella alguna clase de poder cuya índole desconozco. La persona en cuestión, un hombre, ha gobernado todos sus pasos, hasta el punto de obligarla a romper sus relaciones con un joven del que estaba enamorada y a comprometerse luego en matrimonio con el millonario Hutton. Consiguió incluso que ella renunciara a su ilusión y se despidiera del canto. Cuando a última hora Monna decidió liberarse de su influencia y volverse atrás de lo que se había visto forzada a hacer, el hombre la mató o decretó su muerte. Por

los detalles que acerca del asesinato se han publicado, puede usted imaginar mejor que yo a qué tipo pertenece ese hombre y tener una idea de la influencia que ejercía sobre la muchacha.

El doctor Anderson, sosteniendo la mirada de Storme, hizo una leve mueca. Su sonrisa se había borrado.

—Los médicos solemos ser escépticos, señor Storme. No creemos en hechicerías.

—Perdóneme. Las designan con otros nombres, pero creen en ellas. Y un médico que ejerce en el medio social en que lo hace usted, debe creer más que ninguno.

—Bien, no voy a discutir eso. De su visita y sus explicaciones se desprende que usted supone que la relación entre Mary Jones y el hombre que la ha matado se inició aquí, y solicita mi ayuda para descubrir la identidad del asesino.

—Exacto.

—¿Ofrece ese hombre alguna peculiaridad?

—Tiene treinta años —dijo Storme. Sus ojos escrutaban el rostro del doctor mientras pronunciaba las palabras lentamente—. Lleva en sus venas sangre negra, aunque no sé en qué proporción. Su rasgo distintivo más importante son unas antiguas cicatrices en el pecho, rastro de las heridas que, siendo niño, le produjo un jaguar.

Anderson se humedeció los labios con la lengua.

—Pero...

Hubo un silencio.

—¿Qué iba usted a decir?

—Lo sabe usted bien, señor Storme. La leyenda del Gran Leopardo ha sido suficientemente difundida por la gente supersticiosa.

Storme sacudió la cabeza.

—No es una leyenda, doctor. El Gran Leopardo en carne y hueso está en Nueva Orleans y ha dado muerte a Monna Baker. Ahora, ¿quiere usted hablarme del hombre con quien la muchacha se relacionaba aquí?

Por toda respuesta, el médico conectó el interfono y dijo:

—¿Ha regresado la señorita Lockman?

—Hace unos minutos, doctor —informó una voz por el aparato.

—Dígale que venga a mi despacho. —Anderson cortó la comunicación y añadió para Storme—: La señorita Lockman es la

visitadora social que tenía en su jurisdicción a Mamá Benny. Usted conoce, ¿no es así?, la misión de las visitadoras sociales: completar la labor del médico acudiendo a los hogares y enterándose de las condiciones morales e higiénicas en que los pacientes viven, de su ambiente familiar, de sus problemas y preocupaciones, de cuáles son sus parientes y amigos más íntimos... Espero que la señorita Lockman pueda ayudarnos.

Era una mujer de ojos dulces y cabello gris, pulcra, —vestida con un traje sastre de color limón que hacía aparecer su piel más negra. Cuando hubo entrado en el despacho, inquirió respetuosamente:

—¿Doctor?

—Señorita Lockman, éste es el señor Storme, de Nueva Orleans.

—La visitadora saludó con una inclinación de cabeza—. ¿Recuerda usted a Mamá Benny?

—Por supuesto, doctor.

—La pobre Mamá Benny tuvo consigo en sus últimos años a una muchacha, Mary Jones. ¿La recuerda también? Sí, naturalmente. El señor Storme y yo deseamos saber algo del hombre con quien Mary Jones se relacionaba.

La señorita Lockman frunció el entrecejo. Apartó la mirada del médico para posarla un instante en Storme, y por su rostro se extendió una expresión de perplejidad.

—¿Se refiere usted a Barnes?

Storme se inclinó atentamente hacia adelante, pero no dijo nada.

—Háblenos de Barnes —invitó Anderson.

—No conozca más que su apellido. Conozco muy pocas cosas de él, a decir verdad. Pero usted mismo, doctor, ¿no le vio algunas veces? ¿No dijo...?

—Prescinda de mí. Cuéntele al señor Storme lo que recuerde.

—Hay que tener mucho cuidado con la gente ignorante —dijo la mujer, dirigiéndose evidentemente a Storme, aunque sin mirarle—. Cuando caen enfermos, sobre todo si es de gravedad, y muy especialmente si saben que no hay salvación, son capaces de las mayores aberraciones. En este caso particular, al doctor y a mí nos costó gran trabajo neutralizar en la casa la influencia de Barnes.

Storme preguntó, quedamente:

—Pero ¿quién era?

—Un individuo que se atribuía dotes de curandero. Yo había observado algunos detalles raros. Un día sorprendí a Mamá Benny con una cinta negra fuertemente atada a su muñeca izquierda, y ni ella ni la joven quisieron explicarme por qué la llevaba, con riesgo de dificultarle la circulación. Otro día vi en la puerta de la casa una equis y un círculo trazados con una sustancia parda que parecía sangre seca. Otro, en fin, hallé en el dormitorio de la enferma un recipiente hediondo que, a mi juicio, contenía sangre y excrementos de gallina, y bajo la almohada la cabeza de esta ave, con una cinta negra en el pico y casi en estado de putrefacción. Extremé la vigilancia, y así descubrí a Barnes. Era un hombre joven, bien parecido, bien vestido, de apariencia culta y ojos astutos, suave, pero dominante. Le había introducido Mary Jones. Suele ocurrir que los parientes o allegados de los enfermos recurran a medidas desesperadas, que en circunstancias normales quizá les repugnarían, si se saben ante un caso perdido. Digo esto porque llamar a un curandero no parecía propio de la muchacha, aunque por otra parte...

—¿Qué?

—No sé cómo expresarlo. Barnes ejercía mucha influencia sobre ella.

—¿Estaba enamorada?

—No se trataba de amor, sino de un sentimiento como de admiración, devoción y respeto. Si usted me entiende, le diré que estaba deslumbrada.

—¿Sugestión psíquica?

—Quizá. Mary era una muchacha muy joven, y él un hombre hecho, con experiencia y cierta dosis de mundo. Un sinvergüenza atractivo, el tipo a que por lo general pertenecen los timadores y estafadores.

—¿De color?

—Sí, sí, era un hombre de color.

—¿Usted planteó enseguida la cuestión a Mary?

—Enseguida, y en presencia de Barnes, a quien sorprendí en mitad de su prácticas. No conseguí convencerla. Debo confesar que más bien aquel hombre me puso en ridículo. Informé al doctor Anderson, y él hizo valer su autoridad. Como también resultara inútil, pues pude comprobar que Barnes continuaba visitando la

casa y gozando sobre las dos mujeres de gran ascendiente, el doctor le amenazó directamente con denunciarle a la policía. Entonces, desapareció. Antes de dos semanas murió Mamá Benny.

—¿Barnes había intervenido o volvió a intervenir en otros casos?

—No. Abundan los curanderos, pero él era desconocido y no ha vuelto a vérselo. Se salía del tipo corriente, ¿no es así, doctor?

Anderson asintió en silencio.

—¿De dónde procedía?

—De La Fayette, según creo, o de algún lugar de la costa. Era barbero de profesión. En esto no se diferenciaba de otros.

—¿Trabajó en el barrio?

—No en el barrio, pero sí en una barbería elegante de la parte alta de la ciudad. Se hospedaba en casa de los Collins, una familia muy humilde que vivía cerca de Mamá Benny. Después del incidente, tengo entendido que abandonó no sólo su hospedaje, sino el empleo y la ciudad.

—¿Sabe cómo trabó relación con Mary Jones?

—Sé que se ofreció espontáneamente a curar a Mamá Benny.

—¿Por dinero?

—No. Las dos mujeres tenían apenas para vivir.

—¿Por qué, entonces?

—Por ser Mamá Benny quien era, o quien había sido. Una oferta así, había forzosamente de seducir a Mary, que adoraba a la anciana.

—¿Qué más, señorita Lockman?

—Creo que esto es todo. Es decir, si se referían ustedes a Barnes. No sé que Mary Jones se hubiera relacionado con otro hombre.

—Sí, eso es todo —corroboró Anderson—. Muchas gracias, señorita Lockman. No la necesitaremos más.

Storme murmuró unas palabras de agradecimiento. La visitadora saludó y se retiró.

—Usted lo ha dicho —añadió el médico, cuando los dos hombres quedaron solos—: sugestión psíquica. Fue una lástima por parte de Mary, pero uno no puede pedir que, además de belleza, una criatura de dieciocho o diecinueve años, tenga sentido común.

—Me pregunto si será difícil encontrar a Barnes.

—Quizá sea difícil, pero no imposible.

—¿Tiene usted algo que añadir a la historia de la señorita Lockman?

—Nada, señor Storme. Ella vivió los hechos mucho más cerca que yo.

Storme se puso bruscamente en pie, sacó la pipa del bolsillo y se aproximó a la ventana. El jardín trasero del dispensario, cuajado de rosas, se ofreció a sus ojos, pero no lo vio. No vio más que las confusas imágenes que se agitaban en el interior de su propia mente.

—Usted, doctor, como Barnes, sabía, ¿no es cierto?, quién había sido Mamá Benny, y apuesto a que se tomó el máximo interés por ella. Algo muy seductor para Mary Jones, que adoraba a la anciana.

—¿Qué quiere usted decir?

—¡Oh, nada! Pensaba en voz alta, simplemente. —Storme se volvió—. Ese curandero puede muy bien ser el hombre que busco, pero ¿qué hay de las cicatrices en el pecho?

—No sé una palabra de ellas. Si las tenía, nadie las vio.

—¿Ni siquiera los Collins?

—Lo ignoro.

—¿Qué hubieran hecho los Collins al descubrir que alojaban en su casa al mismísimo Gran Leopardo? ¿O acaso lo sabían antes de alojarle? ¿Qué le parece a usted, doctor?

—¿Por qué me hace esas preguntas?

—¡Ideas, ideas que a uno se le ocurren! —exclamó Storme, alzándose de hombros. Sin haberla cargado ni encendido devolvió a su bolsillo la pipa—. Me marchó, no le haré perder a usted más tiempo. Pero dígame, ¿no era en verdad Mary Jones una criatura digna de que uno se fijara en ella?

—Supongo que sí. —Anderson abandonó su asiento—. Celebraré haberle sido útil, señor Storme. Estoy a su disposición.

—Gracias, lo tendré en cuenta.

Storme estrechó la mano del negro, rehízo su camino por el pasillo, devolvió su sonrisa a la enfermera del escritorio de recepción y salió a la calle. Le dominaba una sensación de irrealidad, cuyo origen no podía explicarse. Mientras caminaba en busca de su coche, pensó que hubiera debido darse por satisfecho. Con datos tan claros como su estancia en casa de los Collins y su empleo en una barbería de lujo —las barberías de lujo no pasarían

en La Roche de dos o tres—, la policía encontraría sin dificultad al curandero Barnes. Era un éxito. Pero ¿por qué no le alegraba haberlo obtenido?

Emprendió bajo un sol de fuego el viaje de regreso a Nueva Orleans, y una vez en la ciudad marchó directamente al Departamento Central y subió a la Oficina de Homicidios para ver a Staffa. Halló al capitán en compañía del inevitable agente Christie, y apenas hubo traspuesto el umbral de la puerta, se dio cuenta de que la actitud de los dos hombres hacia él había cambiado por completo. Ya no había sonrisas amables. Ya no había saludos deferentes. Los ojos grises de Staffa reflejaban franca hostilidad.

Algo raro había ocurrido.

—Nos ha ahorrado usted trabajo, Storme —dijo el capitán. A una mirada suya, Christie se desplazó hacia la puerta, de tal modo que quedó a espaldas del visitante. Storme frunció el entrecejo—. Acabo de enviar en su busca a un patrullero, pero, puesto que está aquí, considérese detenido desde este instante.

¿Era aquello la consecuencia lógica de tanta amabilidad y tantas sonrisas? ¿Era el fruto de la conspiración que otras veces había intuido entre el capitán y el agente? ¿La tormenta que sigue fatalmente a la calma?

Storme no se sorprendió más que a medias.

—¿Puedo conocer la acusación? —preguntó.

—Doble asesinato.

—¿Doble, nada menos?

—Monna Baker y Jimmy Fisher.

En parte, era verdad. Storme apretó los puños con callada ira. ¡Saltamontes Fisher asesinado! Bien, él tenía la culpa. El y nadie más que él le había enviado a la muerte.

CAPÍTULO XII

—Comprueba si lleva armas —ordenó el capitán a Christie.

Storme se dejó cachear. Era grotesco, pero, evidentemente, los policías no procederían de aquél me modo sin una buena razón, y probablemente esta razón la habían tenido desde el principio. ¿Por qué, si no, le habían pedido ayuda? Pedírsela fue una maniobra encaminada a probar determinados extremos de alguna hipótesis, que ahora debían de estar probados ya. ¡Qué hipótesis fuera aquélla, empero, Storme no alcanzaba a imaginarlo!

—¿Podemos hablar unos momentos como personas civilizadas? —preguntó cuando Christie hubo terminado el cacheo.

—Siéntese ahí —asintió Staffa. Hizo una seña al agente—. Tú toma nota. Esta vez, Storme, su juego acabó, y acabó mal.

Storme se sentó suspirando.

—Concrete sus acusaciones, por favor. Luego hablaremos de mi juego. A ver, ante todo, eso de Saltamontes Fisher.

—¿Admite conocerle?

—¿Por qué no?

—Cuéntale, Christie.

El agente carraspeó.

—El cadáver de Fisher ha sido encontrado a primera hora de esta mañana en el depósito de basuras del Caledonia Hotel, o sea, a menos de doscientos metros de donde usted vive. El cuello roto.

—¿Zarpazos?

—¡Sabe usted de sobra que no! —exclamó el capitán—. Sigue, muchacho.

—A última hora de la tarde de ayer anduvo usted buscando a Fisher —prosiguió Christie, obediente—. Le encontró y habló con él en un bar de Saturnine Square. Horas después se dirigió Fisher a

casa de usted, y desde entonces no se le ha vuelto a ver con vida.

—¿Cómo sabe que se dirigió a mi casa?

—Tomó un taxi. El taxista lo recuerda.

—Ha hecho usted un trabajo concienzudo para averiguar tantas cosas en tan poco tiempo —comentó Storme, sarcástico—. ¿Vio el taxista que Fisher entrara en mi casa?

—Le dejó en la calle, ante la puerta. Fisher había dado las señas exactas, de modo que no cabe error.

—¿A qué hora fue eso?

—Sobre las cuatro de la madrugada, poco después de marcharse usted de aquí.

Storme reflexionaba dando vueltas a la pipa entre sus dedos. Una visita de Saltamontes Fisher a las cuatro de la madrugada sólo podía significar que el pobre negro había cumplido su encargo: averiguar quién fue el asesino de Monna. A aquella hora, Fisher lo sabía, y había muerto por saberlo.

—¿Reparó el taxista en si el negro era seguido? ¿Notó si algún coche marchaba en pos de él?

—No busque una escapatoria —intervino Staffa—. Nadie le seguía, no era necesario. Fisher estaba eufórico y lo que le dijo al taxista revela bien a las claras sus intenciones.

—¿Qué le dijo?

—Que iba a que le regalaran un piano. Parece una tontería, pero no lo es. El agente Christie ha averiguado que poseer un piano era la mayor ilusión del negro, y usted se lo hubiera regalado a cambio de que mantuviese cerrada la boca. ¡Quimeras! Fisher no servía para chantajista.

—¿Sobre qué había de cerrar la boca?

—Sobre las relaciones de usted con Monna Baker y sobre el hecho de que fuese usted quien la mató.

Storme se encogió de hombros sin negar nada. Estaba pensando. ¿Las cuatro de la madrugada? Una hora difícil para justificar el empleo de su tiempo. Era el intervalo entre su salida del Departamento, después del interrogatorio de Buddy Pembroke, y su visita al fumadero para hablar con Fatty. Ni él mismo sabía con exactitud lo que había hecho entonces. Pasear a solas, meditar, fumar —le había costado un buen rato decidirse a recurrir a Fatty —, no eran cosas que sirvieran como coartada.

Algo raro ocurría, ciertamente. ¡Sus relaciones con Monna Baker! ¿De dónde habían sacado los policías tal idea? Era una idea, ahora lo recordaba, que Fatty parecía compartir, aunque éste no había hecho sobre ella particular hincapié. ¿De dónde la habían sacado?

—Por la misma razón —siguió diciendo Christie— estuvo usted pisándole los talones al señor Pembroke. Temía que él, debido a su amistad con Monna Baker, supiera demasiado acerca de usted. Fue a su casa, forzó la puerta y entró. Sí, Storme, también hemos averiguado eso. La portera le ha descrito con bastante detalle, y por si fuera poco, hemos encontrado sus huellas dactilares en el lugar.

—¿Cómo conocen que son las mías? Está usted loco, muchacho.

—¡Oh, no! Tuvimos buen cuidado de tomárselas. Las dejó usted tan claras como una fotografía en el platillo de la taza de café que le servimos durante el interrogatorio del señor Pembroke.

Storme sacó apreciativamente el labio inferior.

—Enhorabuena. Así, ustedes creen que yo iba en pos de Pembroke para imponerle silencio. En tal caso, ¿por qué les avisé e hice que le detuvieran? ¿Qué demonio de silencio le imponía, entonces?

—¡Ésa fue una jugada maestra por su parte! —afirmó Christie, con calor—. Se anticipó a acusar al señor Pembroke para que sus posibles acusaciones contra usted quedaran desvirtuadas.

—¿Jugada maestra? —bufó el capitán, con desdén—. Es un truco viejo.

—Sea lo que sea, no le valió. Usted hizo aquí esfuerzos desesperados para complicar al señor Pembroke en el crimen, pero, afortunadamente, ni el capitán ni yo prestamos el menor crédito a sus insinuaciones.

—No recuerdo haber hecho esfuerzos ni insinuaciones —dijo Storme—. Bueno, lo mismo da. Continúe, me interesa.

—Su actitud con respecto al señor Pembroke era clara, Le hubiera gustado, ¿no es así?, verle en libertad y sin protección. ¡Gracias a Dios que yo me di cuenta del peligro y le salí al paso! El había asegurado que no conocía al hombre a quien Monna temía, pero esto no le bastaba a usted, pues Pembroke podía averiguarlo en cualquier momento acuciado por el deseo de vengar a la joven. Por otra parte, teníamos una prueba patente de la clase de

individuo que es usted cuando se quita la máscara de su perfecto caballero. —El dedo del agente se tendió acusador—: ¡Annie Kirk nos contó cómo le había arrancado los informes sobre el paradero del señor Pembroke! Ello nos permite imaginar lo que debió de sufrir la desdichada Monna Baker... No, no, Storme, a ningún precio podía el señor Pembroke quedar en libertad. Demasiado arriesgado.

Storme esbozó una débil sonrisa. Un jersey color marfil y unos ajustados pantalones negros se movían en su memoria. El relato de Annie —la botella de leche rota y las frases amenazadoras, pero no la explicación final, que la muchacha se habría reservado para no ponerse en ridículo— dejó, sin duda, al joven Christie helado de pavor.

—Es decir, que Pembroke ha pasado la noche encerrado.

—Sí.

—¿Ha tenido algún contacto con el exterior? ¿Alguna llamada telefónica? En caso negativo, debemos absolutamente descartarle como asesino de Saltamontes Fisher.

—¡*Usted* es el asesino de Fisher! —terció violentamente el capitán, descargando un puñetazo sobre la mesa—. ¡Basta ya de monsergas, Storme! ¿Quiere usted firmar una declaración en regla? ¿O prefiere que tomemos el camino duro?

—Un momento. ¿Realmente se propone usted sustentar una acusación de asesinato, no sobre evidencias, sino sobre la interpretación personal que a los hechos da el agente Christie? ¿Ha perdido usted el juicio, capitán Staffa?

—¡Sobran evidencias!

—Si se refiere a mis huellas dactilares en el piso de Pembroke, yo mismo confesé que estuve allí y entré al encontrar la puerta forzada. Hablé con la portera, por supuesto. Puedo incluso decirle que presenciaba una película de caballistas en la televisión.

—Sobran evidencias —repitió secamente el policía.

—¿Evidencias de qué? ¿Cómo diantre se les ha ocurrido a ustedes que yo me relacionaba con Monna Baker, que yo la he matado y que he matado también a Jimmy Fisher? ¿Quién les ha metido semejante idea en la cabeza? Porque esa idea la tienen, ¿no es así?, desde que fingieron pedirme ayuda.

—En efecto —dijo Christie.

—¿Y bien? ¡Es fantástico!

—El número de personas con quien Monna Baker se relacionaba era sorprendentemente limitado para una artista de su categoría, o incluso para una mujer de su belleza —declaró el agente, con aplomo—. En su cuaderno de direcciones tenía únicamente diez nombres anotados. Diez. A las pocas horas de haberse descubierto el cadáver, hice las comprobaciones oportunas, y hallé que nueve de aquellas personas justificaban plenamente su derecho a figurar en el cuaderno. Una era Hutton, otra era el empresario del Tobacco Club, otra era una modista importante, otra la directora de un salón de belleza... La décima persona era usted.

Storme miraba asombrado al policía.

—Es imposible. Déjeme ver ese cuaderno.

Christie se aproximó a la mesa del capitán, pidió con la mirada permiso a éste y abrió una gaveta. Extrajo un sobre. Del sobre sacó una agenda de bolsillo encuadernada en piel verde. Mostró a Storme el índice de direcciones abierto por la letra S.

—¿Es o no es?

La única anotación que figuraba en aquella página, trazada con una escritura inculta e irregular, era una ese seguida de un número de teléfono.

Se oyó un seco chasquido. La boquilla de la pipa se había quebrado entre los dedos de Storme.

—Es mi número de teléfono, ciertamente.

Staffa volvió a preguntar:

—¿Quiere que tomemos el camino duro?

Hubo un largo silencio.

—Mire. ¡Storme! —dijo finalmente Christie—. El asunto está claro, y lo hubiera estado en todo momento si no lo hubiera complicado usted. Lo curioso es que el procedimiento que ha elegido para complicarlo ha terminado por traicionarle.

—¿Por traicionarme? —le interrumpió Storme, enderezando bruscamente la cabeza. Su rostro semejaba tallado en granito—. ¿De qué demonio habla?

—Usted era el hombre a quien se refirió el señor Pembroke, el canalla que gobernaba y exprimía ignominiosamente a Monna Baker, y usted la mató cuando ella decidió sustraerse a su influjo. Pero necesitaba enmascarar su crimen, alejar de sí las sospechas. El hecho de que Monna fuera una negra blanca, cosa que muy pocos

sabían, le sugirió una idea brillante. ¿No estaba resurgiendo con nueva fuerza el vudú en el Vieux Carré? ¿No se había creado con el pretexto de la redención negra una organización de gangsterismo cuyos ejecutores eran los legendarios hombres-leopardo? Éste era un mundo en el que la policía difícilmente podía penetrar, y si usted lograba conectar el asesinato de Monna con él, nadie se sorprendería si quedaba para siempre en el misterio. Con este propósito, Storme, usted se valió de algunos toques adecuados para que la muerte de la muchacha apareciera como obra del vudú, y no dudó en señalarlo así en su crónica del *New Orleans Tabloid*, acusando a los hombres-leopardo cuando todos los periodistas de la ciudad se preguntaban todavía si no se habría escapado una fiera de un zoo. Magistral, lo reconozco. Magistral mientras ningún indicio le relacionara a usted con Monna Baker. Ahora bien, el indicio existía, como acaba de ver hace un momento, y esto lo cambiaba todo. Porque no era difícil darse cuenta de que, entre todas las personas relacionadas con la muchacha, usted era la única que conocía lo bastante a los negros, sus costumbres, sus creencias y los sucesos que en su mundo se desarrollaban para haber concebido aquel plan. Las medidas defensivas que usted tomó se convertían así en categóricas acusaciones.

Storme miraba al policía fijamente.

—O es usted un tonto rematado, o el hombre más listo que he conocido. ¿De modo que el asesinato de Monna no ha sido obra de los hombres-leopardo?

—No. Usted ha tratado constantemente, poniendo en ello su máximo empeño, sus cinco sentidos, de dar esa impresión. Yo sospechaba que sería exactamente lo que haría si le pedía ayuda, y por eso se la pedí. Fingí allanarle el camino. En realidad, permití que usted mismo se minara el terreno.

—¿Se trata de una mera hipótesis!

—Refútela, entonces —replicó Christie, sonriendo—. ¿Empieza ya a perder la calma, Storme? ¿Vislumbra la jaula en que usted mismo se ha encerrado? ¡Oh, sí, ya sé por su actuación en el antiguo caso Taylor que nos tiene a todos los policías por estúpidos! Quizá ahora aprenda que hay excepciones.

—Pero...

—No, Storme, no. Es peligroso pasarse de listo. Aplauda sus

esfuerzos de la pasada madrugada, cuando interrogamos al señor Pembroke. Logró usted crear un clima, sus preguntas consiguieron dar la impresión de que el asesino de Monna era un negro y de que ella estaba misteriosamente ligada al vudú. Pero el hecho estricto es que Monna nunca, ¡nunca!, mencionó ante el señor Pembroke tales cosas, pese a que él fue su mejor amigo y confidente. Usted se pasó de listo, con el único resultado de poner en evidencia la verdad. Ni el negro existe, ni la muchacha estaba ligada al vudú.

—Basta —dijo secamente él capitán—. Basta, Christie. Quiero irme a almorzar. Storme se ha convencido ya de que eres una lumbrera. —Se puso en pie—. Apuesto a que opta por pedir un abogado.

Storme, inclinado hacia adelante en el sillón, se oprimía con las manos la frente. Mientras los dos policías le miraban en silencio, dijo:

—¡Firmaré una declaración!

Staffa resolló.

—Eso es otra cosa. —Palmeó la espalda del agente—. Felicidades, muchacho. El éxito ha sido tuyo. Llegarás lejos.

Christie, con la cara resplandeciente, continuaba mirando a Storme.

—¿La firmará ahora?

—Sí. Es decir...

—¿Qué?

—Hay algo que quiero mostrarles antes. Quizá cuando lo vean comprenderán.

—Adelante —invitó el capitán, impaciente.

Storme movió negativamente la cabeza.

—Lo tengo en casa. No, no se trata de un ardid —aclaró, al ver que Staffa fruncía el entrecejo—. No pienso moverme de este despacho, no tema. Si le parece más seguro, llame usted mismo a mi criado y él, lo traerá.

El capitán titubeó y miró a Christie. Luego señaló el teléfono.

—Hágalo usted. Pero le juro que cualquier treta...

—Lo sé perfectamente —atajó Storme, sombrío. Abandonó el sillón, se acercó a la mesa, descolgó el teléfono y marcó el número de su casa—. Soy yo, el señor Storme —añadió cuando obtuvo comunicación—. Hazme un favor. Ve a, mi despacho, y del estante

de los archivadores de cartas, toma el señalado con el numero doce. Tráelo enseguida. Estoy en el despacho del capitán Staffa, Oficina de Homicidios, Departamento de Policía. ¿Has entendido el nombre? Capitán Staffa, de Homicidios... Sí, el número doce. Date prisa, es muy urgente. No, ven en taxi. ¡Ah! Trae también mi pipa inglesa. Eso es, la misma.

—Cortó.

—¿Un archivador de cartas? —preguntó Christie.

—Seguro que nos endosa una novela epistolar para justificar los sentimientos pecaminosos que le inspiraba Monna Baker —rezongó Staffa. Consultó su reloj e hizo una mueca—. ¡Vamos, empiece ya a soltar lo que sea! ¡Bastante tiempo hemos perdido!

Storme había regresado al sillón.

—No diré nada hasta haberles mostrado lo que deseo.

—¿Se figura que ha de imponernos su capricho?

—¿Quiere o no una declaración firmada?

—¡Storme, no se burle de mí!

—Pues, entonces, espere.

Christie volvió a murmurar.

—Un archivador de cartas... No comprendo.

—Comprenderá, no se preocupe. —Storme, tranquilo, mantenía ahora la cabeza alta y miraba a los dos hombres a los ojos—. Es usted agudo, Christie, y comparto la opinión del capitán de que llegará lejos. Pero es también joven, y le queda mucho que aprender. Conviene que aprenda cuanto antes que las cosas humanas casi nunca son lo que parecen.

El agente sostuvo su mirada mordiéndose los labios.

—¿A qué se refiere?

—Ya lo verá.

—Pudimos haber aplazado esto hasta después del almuerzo —dijo Staffa, instalándose en su asiento detrás de la mesa—. Si no terminamos pronto, voy a tener acidez.

Storme se recostó en el respaldo de la butaca y cerró los ojos. Permaneció así, inmóvil, mientras los dos policías guardaban silencio —el capitán agitándose en su asiento, Christie paseando de acá para allá—, hasta que el interfono zumbó.

—Un moreno pregunta por el señor Storme.

—Hazle pasar —ordenó Staffa.

Storme se levantó lentamente, y estaba en pie cuando entró su criado llevando bajo el brazo el archivador pedido. El capitán habló antes que nadie:

—Examina eso primero, Christie. No quiero bromas.

Christie tomó el archivador.

—¿Traes la pipa? —preguntó Storme.

El negro se la entregó, y él, con un suspiro, procedió rápidamente a cargarla y encenderla, en tanto que el agente había abierto el archivador y examinaba su contenido con expresión perpleja.

—Aquí no hay nada de particular —anunció.

—¿Me necesita para algo más, señor Storme? —dijo a media voz él criado.

Storme expelió una bocanada de humo.

—Te presentaré a estos señores... Éste es Sam Barnes, que lleva casi un año a mi servicio... El capitán Staffa, el agente detective Christie... Sam —su voz se hizo súbitamente fría como un témpano—, ¿tendrás la amabilidad de desnudarte el pecho para que estos señores y yo lo veamos?

CAPÍTULO XIII

Por un momento, nadie dijo nada.

—¿Qué significa esto? —rugió el capitán, saliendo de su asombro.

Storme hincaba sus ojos en los de su criado.

—¿Quieres desnudarte el pecho, Sam?

El negro articuló:

—No, señor Storme.

—¡Christie, echa a ese hombre de aquí! ¡Mil diablos, ya temía yo...!

Storme saltó en dirección a la puerta, y su movimiento tuvo por consecuencia que los dos policías desenfundaran con rapidez centelleante sus pistolas. Pero no se proponía huir, sino interceptar la salida. Hizo alto en el instante preciso en que las armas iban a disparar.

El negro se había quedado en medio del despacho, rígido como un poste, tensos todos los músculos, temblorosa la boca.

—¿Está usted loco? —inquirió Christie.

—¡Claro que no estoy loco! —replicó Storme, con viveza—. Mejor será que suelte la pistola y tome la pluma si quiere anotar mi declaración, porque voy a hacerla. Pero no confundamos, por favor, las palabras. Digo ahora y he dicho antes «declaración», no «confesión». ¿Me ha entendido, lumbrera?

El agente miró a Staffa en demanda de instrucciones, y como el capitán se encogiera de hombros sin dejar de encañonar a Storme, sugirió:

—Acaso le entienda si se explica con claridad.

—Muy bien. Hace cuatro años, cuando murió su madre, Mary Baker Jones, más conocida por Monna Baker, reunió todo el dinero

que pudo conseguir y fue a ofrecérselo a la antaño famosa Mamá Benny, intérprete inolvidable de los primeros *blues*, para que le enseñase a cantar y la ayudase a convertirse en la estrella máxima del Barrio Francés, lo cual era su sueño dorado de adolescente. Mamá Benny, que vivía olvidada en La Roche, medio ciega, sin un centavo y enferma de cáncer, aceptó. Mary pasó tres años a su lado, se convirtió en una espléndida mujer y adquirió los conocimientos artísticos que deseaba. Al propio tiempo, se encariñó con Mamá Benny. Esta decaía, se extinguía, iba a morir. Cuando el inevitable final estaba próximo, Mary conoció a un hombre singular que se brindó desinteresadamente a curar a la anciana. Tengan en cuenta que esto ocurría entre negros, en un miserable barrio negro, y que Mary, pese a su tez blanca, era una negra en espíritu, en educación, en sentimientos y en creencias. El hombre se había instalado recientemente en el barrio y trabajaba en una barbería elegante de la parte alta de la ciudad, pero lo notable de él era el misterioso respeto, la devoción mágica que le profesaba la humilde familia en cuya casa se alojaba. Esto, unido a su extraña personalidad y a su oferta de curar a Mamá Benny, a quien Mary quería y admiraba, hizo que la muchacha se sintiera fuertemente atraída por él, y muy pronto dominada, deslumbrada, subyugada. Había que oír cantar a Mary Jones, cuando era ya Monna Baker, para percatarse de hasta qué punto poseía una sensibilidad de cristal, frágil, sugestionable y tempestuosa.

»El hombre en cuestión ensayó con la anciana las más grotescas prácticas de curanderismo, hasta que la enérgica intervención del médico que cuidaba de Mamá Benny le obligó a suspenderlas. Entonces abandonó el barrio, la ciudad y el empleo. Vino a Nueva Orleans. Poco después falleció Mamá Benny, y Mary vino también e inició en Chez Dupuy su carrera artística. Su sumisión al hombre era cada vez mayor. El la gobernaba y explotaba ignominiosamente, ¡si, Christie, como usted ha dicho antes refiriéndose a mí!, y cuando ella se rebeló y puso en peligro sus ambiciones, la mató o decretó su muerte... ¡Déjeme terminar, capitán! Yo sabía todo esto, lo he averiguado esta mañana en La Roche. Sabía incluso que el barberocurandero se apellidaba Barnes, pero ni remotamente, aun sabiendo que también se apellidaba así, le hubiera identificado con mi criado de no ser por la acusación que contra mí han formulado ustedes.

¡Esto me ha abierto los ojos! A las cuatro de la madrugada yo estaba ausente de mi casa. Es cierto que hablé con Saltamontes Fisher por la tarde. Ofrecí comprarle un piano si averiguaba quién había matado a Monna Baker. Lo averiguó, o encontró una buena pista, y vino a decírmelo. Mi criado le abrió la puerta, adivinó lo que ocurría. ¡El resto pueden ustedes imaginarlo! Era el mío, ciertamente. Sólo que la letra «S» no significaba Storme, sino Sam. ¡Sam Barnes, que no tenía motivo ninguno para mudar de apellido cuando abandonó su empleo en La Roche y vino a colocarse de criado en mi casa! Cualquier apellido servía para sus actividades secretas...

El negro parecía una estatua. Inmóvil, apretados los puños, fijaba la vista en el vacío.

—¿Quiere usted decir —preguntó el capitán, estupefacto— que el archivador de cartas ha sido un simple pretexto para traerle aquí?

—¿Es el archivador lo único que le preocupa? —replicó burlonamente Storme—. ¡Claro que ha sido un pretexto!

—Pero esa historia...

—Sospeché —intervino Christie, con suavidad— que la historia tiene una segunda parte. El señor Storme quería que su criado se desnudara el pecho.

Storme asintió.

—Desde hace un siglo circula entre los negros la profecía de que un mesías, hijo de un leopardo y una mujer de color, surgirá un día para redimir a su raza y darle el dominio del mundo. En La Roche, treinta años atrás, un niño negro fue raptado por un jaguar escapado de un zoo, suceso que fue interpretado como la consumación de la profecía. Desde entonces, aquel niño ha vivido en el mayor incógnito, protegido por unos cuantos incondicionales, en espera del momento de emprender su misión redentora. El momento llegó hace poco. La misión ha comenzado, y usted sabe, Christie, con qué características: una vulgar empresa de gangsterismo respaldada por el terror supersticioso del vudú. El presunto redentor, al que los negros llaman Gran Leopardo, ofrece como señal inequívoca de identificación, las cicatrices de las heridas que en el pecho le causó el jaguar, siendo niño. Monna Baker sabía quién era el Gran Leopardo en la vida corriente, iba a revelarlo para librarse de su dominio, y por esta poderosa razón murió asesinada.

Los dos policías miraban ahora con avidez al negro.

Hubo un tenso silencio, que rompió el capitán Staffa para ordenar, secamente:

—Desnúdese el pecho.

Sam Barnes no dio muestras de haberle oído.

—Se acabó, Sam —dijo Storme—. Obedece.

Transcurrieron cuatro o cinco segundos. Luego, súbitamente, la estatua cobró vida. El negro lanzó un ronco alarido y se precipitó con la cabeza baja contra Storme, dispuesto, al parecer, a apartarle y abrirle la puerta para emprender la fuga.

Su propósito no se cumplió. La pistola de Staffa disparó antes. El criado dio un traspiés, se desvió y fue a estrellarse contra la pared, de donde cayó al suelo hecho un ovillo, gimiendo desgarradoramente.

La detonación conmovió el reducido, ámbito del despacho. Se abrió la puerta, entraron policías alarmados, hubo exclamaciones, preguntas, se originó un momentáneo barullo. En medio de éste, el agente Christie se inclinó sobre el negro, abrió su chaqueta y le desgarró la camisa de un tirón.

—¡Cuerno! —murmuró, al ver las cicatrices.

Se enderezó y buscó con la mirada a Storme. Se sentía obligado a presentarle excusas.

Observó con sorpresa que, al margen del revuelo, Storme estaba telefoneando desde la mesa del capitán. Al acercarse a él, le oyó decir:

—La botella de *whisky* de que habló usted anoche, ¿podría servir para remojar un almuerzo? ¿Qué le parece? Si, naturalmente que soy el del manual de sicología. Ocurre que tengo todavía algún procedimiento que ensayar...

Apoyó una mano en su hombro. —Perdóneme. Quisiera decirle cuánto lamento... Storme le miró sin apartarse el aparato de la boca —. Más tarde me dirá lo que sea, Christie —replicó—. Para un caballero, primero son las damas.

FIN



Jorge o Jordi Gubern i Ribalta fue un novelista y técnico editorial español (Barcelona, 1924-1996).

Usó seudónimos como Bruno Shalter, Esteban Díez, Mark Halloran, Noel Gubre, Pedro Lanuza y William O'Connor.

Era primo de Roman Gubern.

Jorge Gubern Ribalta escribió novelas populares desde los años cuarenta, destacando su personaje Mike Palabras.

Ocupó luego posiciones en el equipo de redacción de editorial Bruguera, convirtiéndose en director de «Gran Pulgarcito» (1970), «Lily» (1970) y «Super DDT» (1973).